

LENINE1917LENINE1917 - NOSKE1919NOSKE1919HITLER1933HITLER1933
LENINE1917LENINE1917 - NOSKE1919NOSKE1919HITLER1933HITLER1933
LENINE1917LENINE1917 - NOSKE1919NOSKE1919HITLER1933HITLER1933
LENINE1917LENINE1917 - NOSKE1919NOSKE1919HITLER1933HITLER1933
LENINE1917LENINE1917 - NOSKE1919NOSKE1919HITLER1933HITLER1933
LENINE1917LENINE1917 - NOSKE1919NOSKE1919HITLER1933HITLER1933
LENINE1917LENINE1917 - NOSKE1919NOSKE1919HITLER1933HITLER1933
LENINE1917LENINE1917 - NOSKE1919NOSKE1919HITLER1933HITLER1933
LENINE1917LENINE1917 - NOSKE1919NOSKE1919HITLER1933HITLER1933
LENINE1917LENINE1917 - NOSKE1919NOSKE1919HITLER1933HITLER1933
LENINE1917LENINE1917 - NOSKE1919NOSKE1919HITLER1933HITLER1933
LENINE1917LENINE1917 - NOSKE1919NOSKE1919HITLER1933HITLER1933
LENINE1917LENINE1917 - NOSKE1919NOSKE1919HITLER1933HITLER1933
LENINE1917LENINE1917 - NOSKE1919NOSKE1919HITLER1933HITLER1933
LENINE1917LENINE1917 - NOSKE1919NOSKE1919HITLER1933HITLER1933
LENINE1917LENINE1917 - NOSKE1919NOSKE1919HITLER1933HITLER1933

B I L A N

Bulletin théorique mensuel de la
Fraction de Gauche du P. C. I.

Boletín teórico mensual de la Fracción de Izquierda del P.C.I.

Nº 2, DICIEMBRE 1933

B I L A N

Bulletin théorique mensuel de la
Fraction de Gauche du P. C. I.

ABONNEMENT

Belgique et France : 1 an, 20 fr. ; 6 mois, 10 fr.

Autres pays : 1 an, 30 francs ; 6 mois, 15 francs

● Abonnement de soutien : 50 francs ●

Adresse pour Correspondance et mandat :

Gaston DAVOUST, 26, rue des Plantes, 26, PARIS-14^e, (France)
Compte Ch. Postaux Davoust-Paris N° 851.91

SOMMAIRE

N° 1. — NOVEMBRE 1933

Seizième anniversaire de la Révolution Russe.

Vers l'Internationale deux et trois-quarts? —

Résolution de la C. E. de la Fraction de
Gauche du P. C. I.

Projet de constitution d'un bureau international
d'information. — Fraction de Gauche du
P. C. I.

N° 2. — DECEMBRE 1933

Massacre d'ouvriers en Espagne 39

Six communistes décapités dans les prisons
de Cologne 41

Une victoire de la contre-révolution mondiale. 45

La crise du mouvement communiste 52

Désertions, trahisons et difficultés réelles
de la théorie marxiste.

Le principe démocratique. — A Bordiga 60

MOUVEMENT COMMUNISTE INTERNA-
TIONAL 67

Vers la construction de la Fraction de
Gauche du P. C. F. — Pas de Bordiguisme

A NUESTROS LECTORES:

LOS ARTÍCULOS NO FIRMADOS SE DEBEN A LOS CAMARADAS PALLA Y DUMONT

MASACRE DE TRABAJADORES EN ESPAÑA

¿Cuántos eran? Imposible saber una cifra, incluso aproximada, del número de víctimas caídas en esta orgía sangrienta, digna ceremonia de apertura de las Cortes de la “República de los Trabajadores de España”¹. La derecha rural y monárquica, la derecha republicana, la izquierda radical, el partido socialista y la izquierda catalana, todos juntos en un admirable frente único, manifiestan su satisfacción por esta victoria del “orden”. Después de que la clase obrera abandonara a sus malos pastores —en este caso los anarquistas de la Federación Anarquista Ibérica—, desde Macià, el “libertador de Cataluña”, hasta Maura, desde Lerrox hasta Prieto, todos rinden el deseado y oportuno homenaje a la “buena conducta de los trabajadores españoles”. Por supuesto, no se trata de un movimiento obrero sofocado por ametralladoras y cañones; sino simplemente, ¡qué sencillo!, de una especie de depuración hecha por la burguesía por el bien de los trabajadores. Una vez extirpada la úlcera, la sensatez, la innata sensatez de los trabajadores saldrá a la luz, y podrán agradecer a sus verdugos que les hayan librado de los líderes anarquistas.

¡Ah!, ¡que se haga!, que se haga sin más tardanza el balance de víctimas que tiene en su haber la República de los Azaña-Caballero, así como las nuevas Cortes, y así se comprenderá mejor que con mil controversias teóricas cuál es el significado de la “República” y de la autoproclamada revolución democrática de 1931. Este balance, ante el cual palidece la propia obra de la monarquía, terminará enseñando al proletariado que no hay que defender a ninguna fuerza ni organización burguesa. Que para él no existe el “mal menor” mientras no llegue la hora de librar su batalla insurreccional. Comprenderá que no puede defender más que las posiciones de clase que ha conquistado, y estas no pueden confundirse con las formas de organización y de gobierno del enemigo, por muy democráticas que sean. Los trabajadores españoles acaban de experimentarlo por sí mismos, una vez más, al igual que el proletariado de los países bajo gobiernos fascistas o que disfrutaban del “paraíso democrático”.

“Movimiento anarquista”. Así es como se califica este levantamiento ahogado en sangre. Y evidentemente la izquierda burguesa, tanto los socialistas como el liberal Macià, dirá que entre los “agitadores” anarquistas se escondían “provocadores” monárquicos: de esta forma su “conciencia” republicana se tranquiliza de nuevo y su alma queda inmaculada. Pero el proletariado reconoce a los suyos, y sabe que quienes se han sublevado contra la opresión del capitalismo republicano no son los provocadores que la Guardia Civil ha esparcido por el territorio, sino su más valiente prole.

¡Curiosos anarquistas, estos obreros que desencadenan una rebelión tras unas elecciones! No obstante, no dudamos un solo instante en solidarizarnos con un movimiento proletario, aunque esté dirigido por anarquistas (intentando, eso sí, que en el trascurso de la lucha prevalezca la concepción comunista, la única que puede llevar a la victoria). Pero esa no es la cuestión, queremos expresar nuestro rechazo a esos militantes que, cuando el conjunto de las fuerzas del proletariado mundial debería cerrar filas en torno al proletariado español, lanzan críticas a la supuesta responsabilidad de los anarquistas españoles.

Movimientos de tal amplitud no dependen, ni pueden depender, de un plan preestablecido: reducir la lucha de las masas contra la opresión al complot de un partido, es algo propio del enemigo. Actualmente,

¹ El 19 de noviembre de 1933 se celebraron las segundas elecciones generales de la República. El 8 de diciembre, cuando se reunían las nuevas Cortes, la CNT desencadena la insurrección en Zaragoza (Revolución de diciembre de 1933 en la tradición cenetista), que se extiende por varias provincias. El día 15 ya estaba sofocada por el ejército, dejando un balance de alrededor de 75 insurrectos muertos y 100 heridos.

los recientes sucesos de España han mostrado la flagrante oposición que existe entre la ideología anarquista y las elecciones a las Cortes. La causa real de esta revuelta proletaria no son las elecciones, sino la situación general de la clase obrera. Las elecciones han proporcionado una ocasión fortuita que únicamente un superficial parlanchín puede considerar como el elemento determinante de la revuelta obrera de estos días.

¡LA AUSENCIA DE UN PARTIDO REVOLUCIONARIO DEL PROLETARIADO! Eso es lo que ha salvado a los defensores del capitalismo español. La construcción de este partido se cobra innumerables víctimas proletarias. Las condiciones para su formación y de su desarrollo como guía de la clase obrera pueden surgir de las experiencias de esta lucha sangrienta del proletariado contra el capitalismo.

Las víctimas obreras caídas en la lucha española, no pertenecen a ninguna escuela particular. No pueden ser materia de especulación, a favor o en contra de los anarquistas. El proletariado de todos los países honrará a sus muertos en España ayudando al proletariado ibérico a forjar el instrumento indispensable para su victoria, su partido de clase, hacia el desencadenamiento de la insurrección proletaria.

Quizá se vea paradójico afirmar que el rasgo psicológico característico del oportunismo es NO SABER ESPERAR. Sin embargo así es. En los periodos en los que las fuerzas sociales aliadas y adversarias no llevan, mediante su antagonismo y sus mutuas relaciones, a una calma chicha política; cuando el trabajo molecular del desarrollo económico refuerza aún más las contradicciones, y en lugar de romper el equilibrio POLÍTICO parece más bien afirmarlo provisionalmente, asegurando una especie de perennidad, entonces el oportunismo, consumido por la impaciencia, busca a su alrededor “nuevos” caminos, “nuevos” medios a emplear. Harto de quejarse de la insuficiencia y la incertidumbre de sus propias fuerzas, busca “aliados”. Se lanza con avidez al estiércol del liberalismo. Le conjura. Le llama. Inventa para él nuevas formas de actuar. Pero el estiércol sólo exhala su olor a descomposición política. El oportunismo, entonces, se pone a rebuscar en el estiércol alguna perla democrática. Necesita aliados. Corre a derecha y a izquierda y trata de agarrarlos por el faldón en cualquier esquina. Se dirige a “sus fieles” y les exhorta a mostrar la mayor deferencia hacia sus posibles aliados. “¡Tacto, más tacto y siempre tacto!” Sufre una especie de enfermedad, que consiste en una prudencia maniática hacia el liberalismo, LA RABIA DEL TACTO, y en su delirio, golpea y hiere a su propio partido.

(TROTSKY, 1905)

SEIS COMUNISTAS DECAPITADOS EN LAS CÁRCELES DE COLONIA

Dessau, 28 de noviembre: El Tribunal de Dessau condena a muerte a diez comunistas acusados de matar a un miliciano hitleriano.

Una simple noticia en la prensa, un suceso, así es cómo el proletariado internacional se ha enterado de que diez comunistas habían sido condenados a muerte en Alemania, y seis de ellos decapitados.

La sangrienta represión que se abate sobre el proletariado alemán y las condiciones en las que se encuentra el proletariado en el resto de países, son los rasgos más destacados de la situación actual. Por una parte, el fascismo puede decapitar a seis comunistas sin que los obreros alemanes tengan fuerza ni siquiera para organizar una manifestación de protesta y solidaridad, y por la otra parte, en el resto del mundo, las organizaciones que aún hoy engloban a millones de obreros pueden limitarse a hacer un breve relato de los asesinatos de obreros en Alemania, como si se tratara de un “suceso”, sin que la oposición de las masas organizadas les salga al paso.

En las frías celdas de aislamiento de Colonia el verdugo puede trabajar sin miedo: la presa está a su disposición, puede cogerla, maniatarla y asesinarla. Unas semanas antes, con motivo del plebiscito, los verdugos fascistas ya intuían que había llegado el momento de demostrar al proletariado que a partir de ahora el capitalismo defendería su régimen de esclavitud estrangulando a aquellos que se atreven a oponer la menor resistencia.

Y el verdugo de Colonia ha lanzado su advertencia a la clase obrera: nada de piedad, nada de clemencia, diez obreros serán ejecutados por la muerte de un defensor del régimen burgués.

Algunos creían que tras el plebiscito del 12 de noviembre el fascismo promulgaría una amnistía. Pero no tenían en cuenta la terrible lógica de las situaciones: El capitalismo, una vez que su enemigo, el proletariado, está postrado, incapaz de oponerse a su plebiscito, condena inmediatamente a la horca a aquellos que se atreven a defender a su clase y su vida; el capitalismo introduce brutalmente el fantasma de la horca en las fábricas y en los hogares como un tributo a pagar por las luchas de resistencia y defensa de la clase obrera.

¡PROLETARIOS DE TODO LOS PAISES!

Las decapitaciones de Colonia y todas las circunstancias que las han acompañado, son una prueba manifiesta de la debilidad del proletariado mundial. Si estas decapitaciones se toman por un simple “suceso”, es que la capacidad de defensa y de lucha del proletariado alemán y mundial es hoy un “suceso” frente al ataque audaz, violento y terrible desencadenado por el capitalismo internacional.

La principal condición para que esta debilidad obrera no suponga la destrucción del proletariado de todos los países en la carnicería de una nueva guerra, reside en comprender realmente la situación en la que se encuentra la clase obrera. El “SÍ” de los obreros alemanes al plebiscito tiene el mismo significado histórico que el “SÍ” de los obreros socialdemócratas que aplauden o consienten los discursos de los traidores de ayer y de hoy, que predicán el boicot a las mercancías alemanas. Y este “SÍ” tiene el mismo significado histórico que el consentimiento de los obreros revolucionarios que aplauden o aceptan los discursos de los centristas –los futuros traidores–, que piensan que el fortalecimiento político, económico, militar y diplomático del Estado obrero –separado de la clase obrera internacional y apoyado por los Estados capitalistas– puede poner alguna barrera a la sangrienta represión del capitalismo internacional, mediante la cual prepara la futura guerra.

Sin embargo, el “NO” de los obreros alemanes, de los obreros socialdemócratas y de los obreros revolucionarios, no puede ser producto de una mera proclamación verbal o de una muestra de voluntad para la protesta.

Tras el desmoronamiento y la muerte de la Internacional Comunista, con la victoria del fascismo en Alemania, este “NO” no puede ser el resultado más que de la reconstrucción de los partidos de clase del

proletariado. Pero esta reconstrucción no es un trabajo académico: es el trabajo de los proletarios revolucionarios que pueden y deben lograr que cada situación se convierta en un jalón hacia la fundación de estos nuevos partidos, un jalón hacia la reanudación de las luchas revolucionarias.

La única respuesta proletaria a las decapitaciones de Colonia consiste, por tanto, en indicar neta y claramente las posiciones alrededor de las cuales las masas obreras deben reagruparse y constituir un frente de combate lo más amplio posible. Consiste también en formar los cuadros para la revolución al calor de esta lucha o de su preparación.

¡OBREROS DEL MUNDO ENTERO!

Actualmente, la única acción desarrollada a escala internacional en relación a los acontecimientos de Alemania es la que se concreta en la consigna del “boicot” a los productos alemanes. Los socialdemócratas defienden este boicot y lanzan folletos de carácter nacionalista, que podrían firmar perfectamente los partidos más agresivamente reaccionarios que luchan contra el proletariado de cada país.

Los centristas, que hace cinco años preconizaron esta política del boicot contra la Italia fascista, no se adhieren hoy a esta campaña de boicot a los productos alemanes, pero no porque en su lugar propongan una campaña de lucha del proletariado mundial contra el fascismo, sino únicamente porque tal acción compromete las relaciones económicas entre Rusia y Alemania. Y el centrismo, que frente a la lucha revolucionaria del proletariado internacional contra el imperialismo defiende la lucha de los trabajadores por el fortalecimiento económico y diplomático del Estado obrero y por su progresiva penetración en el seno del sistema capitalista internacional, no quiere comprometer de ningún modo la seguridad comercial de la Unión Soviética haciendo uso del boicot.

¿Puede ser o convertirse el boicot a los productos alemanes en una consigna de la clase obrera? ¿Representa o puede representar una condición favorable para la lucha del proletariado de cada nación? Además, ¿es o puede llegar a ser soporte de la lucha de los obreros alemanes contra el fascismo que les tortura y asesina? A todas estas preguntas sólo se puede dar una respuesta brutalmente negativa. En efecto, la iniciativa de las relaciones económicas pertenece a los Estados capitalistas, y el proletariado —en el actual régimen— no controla las relaciones comerciales de la burguesía.

Por tanto, nada impediría que los obreros compraran productos alemanes lanzados previamente al mercado por los mismos capitalistas que pegan carteles en las calles a favor del boicot alemán, como ocurrió, por otra parte, durante la guerra. Además, los Estados capitalistas nunca deberían beneficiarse de la solidaridad del proletariado en las luchas que libran entre ellos, pues los proletarios de todos los países son precisamente las víctimas expiatorias de estas luchas. Es completamente natural que los traidores de 1914, que se preparan ya para ofrecer de nuevo sus servicios en la futura guerra, llamen hoy a los obreros de Francia, de Inglaterra y de Bélgica a prepararse ideológicamente, mediante el boicot, para tomar las armas y dejarse masacrar, o masacrar a sus hermanos de miserias, en futuras matanzas.

El plan con el que el fascismo alemán pretende encadenar al proletariado a los intereses capitalistas, es la lucha contra Versalles y el imperialismo del resto de países. Para llevar este plan a buen puerto, el fascismo no hallará mejor apoyo que esta campaña de boicot, pues sabe que las distintas naciones capitalistas le aseguran una solidaridad activa y efectiva para cumplir su plan de esclavizar al proletariado alemán, con miras a la preparación de la guerra y de la contrarrevolución mundial. Ninguna de las cláusulas del Tratado de Versalles ha funcionado, ni podía funcionar, contra el capitalismo alemán. Ni el imperialismo

francés, ni el belga, ni el inglés impedirán el rearme de los fascistas alemanes, pues, al igual que Alemania, están interesados en preparar las condiciones materiales e ideológicas para la futura guerra.

La consigna del boicot, por tanto, debe rechazarse por ser un instrumento que trata de relacionar orgánicamente al proletariado de cada nación con su respectivo capitalismo y por ser un factor que refuerza el poder del propio fascismo. Frente a esta consigna capitalista, el proletariado debe defender el desencadenamiento de movimientos y huelgas de solidaridad que debiliten y amenacen a la burguesía de cada país y, de rebote, al fascismo en Alemania, en Italia y en el resto de países.

Pero para desarrollar tal plan de lucha de la clase obrera, la vanguardia comunista debe tomar la iniciativa. Pero el centrismo, al favorecer la conservación del régimen capitalista mundial, impone una política que hace imposible esta iniciativa de la vanguardia comunista. Al margen de las organizaciones de masas, el centrismo impone al partido comunista la política de los Comités de Ámsterdam, de París, del 1º de agosto, etc..., arrastrando así a la vanguardia fuera de la lucha real de las masas, impulsando la escisión de sus organizaciones sindicales y situando a esta vanguardia al margen del propio mecanismo de la lucha de clases. Estos Comités sin autoridad entre las masas, incapaces de influir en la lucha de clases, no hacen más que servir a los intereses particulares de la política centrista, permitiendo que ésta se perpetúe en el seno de las masas.

Únicamente sobre la base de movimientos de clase, propios del proletariado de cada nación en lucha contra su respectivo imperialismo, sólo dentro de las organizaciones sindicales en las que se reúnen las masas, se puede llevar a cabo una acción de apoyo a los trabajadores alemanes y se puede retomar realmente la lucha del proletariado en todos los países.

Y en este frente de lucha deben unirse los obreros de todas las tendencias para formar un bloque con todas las fuerzas obreras. Quienes se oponen a esto, en realidad se niegan a defender a la clase obrera ante la nueva guerra que todas las naciones imperialistas, fascistas o democráticas, preparan de concierto.

¡PROLETARIOS!

El capitalismo avanza hacia la organización fascista de la sociedad. Y para mantener su dominio y su poder debe eliminar toda manifestación de los antagonismos de clase. La situación económica ya no deja al capitalismo posibilidad alguna de emplear la plusvalía en corromper a los órganos de la clase obrera. El plan esclavista de la burguesía debe imponerse a las masas rápida y directamente.

Al margen de las diferencias entre la democracia y el fascismo (diferencias que no pueden ni deben incumbir al proletariado, pues tanto el capitalismo como la democracia son dos formas de vida y de dominio de la clase capitalista), el proletariado está real y fundamentalmente interesado en defender sus organizaciones contra la destrucción fascista o la corrupción democrática de la socialdemocracia. Estas organizaciones en absoluto se han reforzado con la democracia, sino que son fruto de decenas y decenas de años de sangrientas luchas libradas por la clase obrera de todos los países. Estas organizaciones de clase son necesarias para que los movimientos defensivos de masas puedan florecer, para poder hacer frente a la preparación de la guerra imperialista, son un requisito para preparar la revolución proletaria y el único medio de evitar la futura guerra.

Como ha demostrado la experiencia italiana, la clase obrera que no sabe salvaguardar sus organizaciones de clase es incapaz de reconquistarlas con sus propias fuerzas. Necesita la solidaridad del proletariado del resto de países, y si esta solidaridad está ausente, la clase obrera de Italia y de Alemania

será incapaz de evitar que la victoria fascista llegue a su culminación: ¡la guerra! Y únicamente al calor de ésta, o tras ella, los obreros podrán reemprender la lucha de masas hacia la revolución proletaria. Ésta es la situación real de la clase obrera en los países fascistas, que da el mentís más brutal a esas toscas concepciones actualmente tan difundidas acerca de las supuestas perspectivas revolucionarias en Alemania. Si a la clase obrera alemana le falta la solidaridad del proletariado del resto de naciones, se verá incapaz de oponer el menor movimiento de huelga al plan de los asesinos fascistas.

Por otra parte, en los otros países, las organizaciones de la clase obrera se han vuelto inofensivas para el capitalismo y existe el riesgo de que se conviertan en meros peones del juego atroz de la burguesía para la defensa de su democracia, de esa misma democracia que masacra a los obreros y a los campesinos en las colonias.

Una acción de solidaridad de clase con el proletariado alemán ha de ir encaminada a apoyar las luchas de esta clase obrera estrangulada por el fascismo, a devolver al proletariado sus organizaciones de clase, que los traidores han puesto al servicio de los planes del capitalismo llamado democrático.

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES!

Los seis decapitados de Colonia y los continuos asesinatos en Alemania son avisos que no pueden dejaros indiferentes, u os arriesgáis a ver mañana cómo vuestra clase sucumbe bajo los golpes de los verdugos capitalistas del mundo entero.

¡LEVANTAOS Y REEMPRENDED VUESTRA LUCHA!

¡OPONEOS AL BOICOT, QUE ES UN INSTRUMENTO DE LUCHA IMPERIALISTA!

¡PREPARAD MANIFESTACIONES MASIVAS Y CLASISTAS!

¡IMPONED A VUESTRAS ORGANIZACIONES DE CLASE QUE LANCEN MOVIMIENTOS DE SOLIDARIDAD CON EL PROLETARIADO ALEMÁN!

¡UNIFICAD VUESTRAS LUCHAS DEFENSIVAS CONTRA LA REPRESIÓN DESENCADENADA EN CADA PAÍS CON LAS LUCHAS DE SOLIDARIDAD CON EL PROLETARIADO ALEMÁN!

¡VIVAN LOS SEIS DECAPITADOS DE COLONIA! ¡QUE SU SANGRE FECUNDE LAS CONDICIONES QUE PERMITAN AL PROLETARIADO ALEMÁN E INTERNACIONAL RETOMAR LA LUCHA REVOLUCIONARIA!

¡VIVA LA LUCHA SOLIDARIA DEL PROLETARIADO DE TODOS LOS PAISES!

¡VIVAN LAS FRACCIONES DE IZQUIERDA DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS!

¡VIVA LA REVOLUCIÓN PROLETARIA MUNDIAL!

LA FRACCIÓN DE IZQUIERDA DEL P.C.I.

10 de Diciembre de 1933

El 30 de Noviembre fueron ejecutados en Colonia los trabajadores Hammacher, Woser, Wilms, Horch, Moritz y Engels. El 28 de Noviembre, en Breslavia, el obrero Kurt Gerber. El primero de Agosto, en Altona, los proletarios Bruno Tesch, Auguste Lüttgens, Walter Möller y Karl Wolf.

Todos cayeron heroicamente en la lucha: ¡el proletariado internacional les recordará!

UNA VICTORIA DE LA CONTRARREVOLUCIÓN MUNDIAL

Los Estados Unidos reconocen a la Unión Soviética

“Una victoria de la URSS, una victoria de la revolución mundial”. (Rundschau, 23/XI/1933).

Hay que hacer algunas aclaraciones generales para poder comprender el significado real del acontecimiento internacional que supone el reconocimiento de la URSS por parte de los Estados Unidos. La victoria revolucionaria en Rusia provocado que se difundiera en el seno del movimiento comunista mundial la siguiente concepción: el fortalecimiento del Estado obrero es la condición necesaria para el desarrollo de la revolución mundial. Desde entonces, esta concepción se ha impuesto en los partidos comunistas bajo el imperativo siguiente: ¿tal o cual postura refuerza el poder económico diplomático o militar del Estado? Si la respuesta es afirmativa, no hay que dudar a la hora de convertir inmediatamente esta postura en una reivindicación capital para el proletariado de cada país. Planteado así el problema del reconocimiento de la URSS por parte de los Estados Unidos, el centrismo puede proclamar que la victoria del proletariado consiste en obtener este reconocimiento, y la oposición puede afirmar que constituye un hecho positivo para los intereses de la revolución mundial.

Sin darnos cuenta, hemos hecho del Estado obrero una especie de dogma que convierte toda crítica en herejía contrarrevolucionaria: el dogma del Estado obrero y su política se ha convertido en la piedra de toque que separa la revolución de contrarrevolución. En nuestra opinión, y en el caso concreto que nos ocupa, el problema se plantea en realidad entre la contrarrevolución, que se anota una conquista importante y decisiva con el reconocimiento de la URSS por parte de los Estados Unidos, y la revolución, que se opone a este acuerdo unánime favorable a dicho reconocimiento y representa la defensa de los principios revolucionarios, con los que el Estado obrero rompe en el preciso momento en que “arranca” al mundo capitalista esto que llaman conquista.

A partir del principio marxista que dice que es posible que la insurrección se produzca en un solo país, se ha llegado a concebir la posibilidad de reforzar la dictadura del proletariado dentro de los límites territoriales del Estado obrero. Las diferencias entre el centrismo y la Oposición Internacional de Izquierda, aunque son importantes, para nosotros no llegan al fondo del asunto. El centrismo proclama abiertamente que el proletariado de cada país no depende de lo que ocurra en su medio capitalista, en el que está

condenado a luchar, sino de lo que suceda dentro de las fronteras del Estado obrero. La oposición concibe el fortalecimiento del Estado obrero como la condición política que permite el desarrollo de la revolución mundial y únicamente critica al centrismo por no haber “dosificado” la diplomacia con el capitalismo, como lo demandaban las necesidades del movimiento comunista mundial. La oposición cree, pues, que la lucha entre los Estados capitalistas y la revolución mundial depende, en cierta medida, de la habilidad de la diplomacia obrera, que, mientras tiende “trampas” a los capitalistas debe apoyarse en el movimiento obrero internacional, convertido así en un peón de la sutil jugada que el Estado obrero prepara al capitalismo. El desarrollo de este Estado se reflejaría directamente en un fortalecimiento del movimiento proletario en los países capitalistas.

Los principios que rigen la relación entre la posible insurrección en un solo país y el sostenimiento y desarrollo de la dictadura del proletariado aún no han sido examinados abiertamente más que por el centrismo, que les ha dado la fórmula de la teoría del socialismo en un solo país. Es camarada Trotsky tuvo en 1927 el gran mérito de levantar una aguda crítica contra esta teoría. Pero al igual que el resto de corrientes de izquierda, la nuestra incluida, no supo establecer los principios que rigen el problema de la relación entre el Estado obrero y los Estados capitalistas. Ha llegado el momento en que es posible establecer los principios de esta cuestión; la experiencia está ahí para ayudarnos, y establecerlos es una de las condiciones capitales para poder retomar la lucha obrera y para defender realmente al Estado obrero, al proletariado ruso y al proletariado mundial.

A nosotros nos parece que hay divergencias de principio entre desencadenar la batalla insurreccional en un solo país y defender y desarrollar de la dictadura del proletariado en los límites del Estado obrero. Estas dos posturas no se entrelazan, y tal y como lo demostró la experiencia de posguerra, se excluyen mutuamente: dada una insurrección victoriosa en un solo país, su defensa y extensión no dependen más que del movimiento obrero internacional, de sus intereses, de las relaciones entre las fuerzas del capitalismo y el proletariado a escala mundial. Así, en la práctica, si tras analizar la situación general tuviéramos que escoger entre el movimiento obrero de un Estado capitalista y los intereses materiales del Estado obrero, no dudaríamos en rechazar la prioridad del Estado obrero y pondríamos en primera línea los intereses del movimiento obrero del país capitalista. Y abordando ahora el fondo del asunto, afirmamos que el desarrollo pacífico del Estado obrero dentro del mundo capitalista es inconcebible, y que si la vía para defender este Estado pasa por las curvas de estos reconocimientos varios, de los pactos de no agresión, de los tratados de amistad, etc., es porque antes hemos dejado atrás el verdadero sostén del Estado obrero: el proletariado internacional.

Es posible que la revolución proletaria, que permite levantar el Estado proletario a partir de la sociedad burguesa, no se generalice inmediatamente al resto de países. Tal como lo hemos explicado en el tercer párrafo de nuestro **“Proyecto para la constitución de una Oficina Internacional de Información”** (*Bilan*, noviembre de 1933, pág. 34), la estructura del mundo capitalista no está conformada por un **Estado mundial**, sino por un conjunto de Estados nacionales que tratan de hacer valer su causa con ayuda del proletariado de su respectiva nación. **En cambio, la lucha del proletariado depende única y exclusivamente de consideraciones de carácter internacional.**

Aprovechando el enfrentamiento entre Estados capitalistas y sus luchas, las condiciones para la revolución se desarrollan de manera extremadamente desigual, y la velocidad de este desarrollo la determina, primero, el contexto capitalista en su dimensión mundial; segundo, el nivel de la tensión de la lucha de clases en cada país, que depende de la porción del botín económico acaparado por la burguesía (los

países económicamente más atrasados suministran las condiciones más favorables para desencadenar la insurrección); y por último –y este es el factor esencial–, la capacidad del partido de la clase obrera para intervenir en los acontecimientos. Evidentemente, la formación y la capacidad de este partido depende de las circunstancias particulares del capitalismo en su respectiva nación, lo que explica el papel del partido socialista alemán en la fundación de la II Internacional y el papel del partido bolchevique en la fundación de la III Internacional. El partido socialista alemán surgió de una sociedad capitalista cuya burguesía había sido de las últimas en vencer. El partido bolchevique provenía de un medio social en el que la burguesía aún no había logrado esta victoria, ya en el periodo histórico de decadencia del capitalismo, considerado desde el punto de vista mundial.

Por lo tanto, son fundamentalmente condiciones históricas las que hacen posible la insurrección en un solo país. Las leyes de la lucha de clases actúan en el plano internacional y solamente le parecen erróneas al marxista filisteo, que recita su credo “internacionalista” para beneficio del capitalismo cuando condena la batalla insurreccional en un solo país. Pero, en realidad, estas leyes son las que explican la insurrección y hacen que el proletariado se incorpore a la estructura del mundo capitalista, basada en diferentes Estados enfrentados. Estas leyes de la lucha de clases no dejan de actuar tras la victoria insurreccional por el hecho de que exista un Estado proletario. El dilema hay que plantearlo así: o se considera este Estado como **una más** de las posiciones que ocupa el proletariado mundial, o bien se toma como punto alrededor del cual se concentra la lucha del proletariado internacional.

Sólo si consideramos que la tendencia orgánica de los Estados capitalistas hacia la guerra no obedece a la estructura del mundo capitalista, sino a una ley universal de la lucha de clases, podemos llegar a la errónea conclusión de que el enfrentamiento entre los Estados capitalistas nos permite identificar al Estado obrero con el proletariado mundial. Así la causa de la guerra ya no obedece al criterio de la extensión de la posición económica que detenta cada país, sino al de la lucha entre Estados en interés de la revolución proletaria. De esta forma, la guerra se convierte en una fase más de la evolución revolucionaria, y se abandona la vieja concepción, según la cual la erupción de las contradicciones capitalistas puede aportar condiciones para la revolución **sólo si el partido de la revolución desarrolla una lucha enérgica e intransigente contra la guerra.**

La insurrección en un solo país es un hecho que se deriva, por tanto, de la estructura del mundo capitalista, ¡y ésta impone a su vez a este Estado que considere su actividad política desde una perspectiva exclusivamente internacional!

Tras el triunfo de la insurrección, el problema de las relaciones entre un Estado proletario y los Estados capitalistas se convierte en un punto central de la lucha obrera, tanto para el proletariado vencedor como para el proletariado internacional. **A este respecto, actualmente se emplea el concepto de “correlación de fuerzas”.** Las derrotas proletarias crean condiciones desfavorables para el Estado obrero, y por ello se hace necesario hacer concesiones al mundo capitalista. Esto lo demuestra el hecho de que el reconocimiento de la URSS se produce tras las derrotas en Alemania, Hungría e Italia, es decir, cuando el Estado obrero ya no tiene el apoyo natural de los movimientos revolucionarios.

Los marxistas saben evidentemente que cuando la situación se modifica desfavorablemente para el movimiento proletario, hay que retroceder. Pero estas retiradas están sujetas a los principios; por eso los marxistas combaten para defender los principios de lucha y su significado, arriesgándose a perder en el combate un órgano que sólo podría sobrevivir desarrollando una política contraria a los intereses de la lucha revolucionaria.

La “teoría” de la correlación de fuerzas ha sido la guía, y aún sigue siéndolo, de la política del Estado obrero. Ahora bien, la correlación de fuerzas es una “cantidad aritmética”, una expresión contingente. Convertirla en teoría equivale a elevar la contingencia a la categoría de principio y a abandonar todo programa. La correlación de fuerzas puede y debe ser un criterio cuantitativo que permita medir las posibilidades concretas de extensión de la lucha, pero no sirve de criterio o guía para la acción, por pequeña que sea. Además, incluso como criterio para nuestra actuación cotidiana, la correlación de fuerzas mantiene su significado marxista sólo si se establece entre elementos históricos opuestos. **Por tanto, para nosotros lo que hay que tener en cuenta no es la correlación de fuerzas entre los Estados capitalistas y el Estado obrero, sino entre el proletariado y el capitalismo mundial.** Por lo demás, fue el propio Lenin quien propugnó la NEP y consideró necesario enviar una delegación soviética a la Conferencia de Génova de 1922, explicando (desde una perspectiva teórica) que esta retirada era necesaria, teniendo en cuenta la correlación de fuerzas a escala mundial.

Llegamos a la conclusión de que hay que hacer una vigorosa oposición a todos los autoproclamados “realistas” que consideran que asegurar el fortalecimiento del Estado obrero es una conquista. Frente a estos “realistas” defendemos la fidelidad a los principios de la clase obrera, pues sólo así se mantiene su carácter proletario y se asegura el desarrollo de la lucha proletaria mundial.

¿Esto es idealismo? ¡Sí!, pero sólo si invertimos antes el significado de las palabras y definimos idealismo como la comprensión de los acontecimientos y sus leyes, en lugar de la búsqueda de abstracciones que permiten idealizar las llamadas exigencias contingentes, lo cual equivale en definitiva a apoyar los intereses de la clase enemiga.

Los principios son el reflejo, expresado en documentos programáticos, de la línea que sigue la tendencia histórica específica de la clase. Y si nos apartamos de ellos, aunque sea tratando de aumentar la importancia numérica o la influencia aparente del órgano obrero, bien el sindicato, el partido o el Estado, el enemigo sacará provecho.

En cambio, establecer los principios para la acción del proletariado es abrir la puerta a una multitud de posibles luchas específicamente clasistas. Ciertamente, si el proletariado mundial, tras la victoria en Rusia, no dominaba los principios que rigen las relaciones entre el Estado obrero y los Estados capitalistas, no era culpa de los bolcheviques. Ahora corresponde a las fracciones de izquierda resolver este problema. Ellas serán la arteria que permitirá a la clase obrera mundial funcionar y desarrollarse en interés de la revolución rusa y de las revoluciones futuras, más allá de las innumerables y variables contingencias inmediatas.

De esta forma, podrá completarse el patrimonio ideológico del proletariado, reforzarse el arsenal para su lucha revolucionaria con esta nueva arma política, indispensable para la lucha y la victoria revolucionaria.

La teoría centrista del “socialismo en un solo país” es hija legítima de la falta de conciencia del proletariado mundial, que no estaba preparado para los formidables problemas que aparecieron tras Octubre de 1917. Se presentaba de nuevo una situación histórica en la que el proletariado debía interpretar un papel que no era el suyo. ¡Y además, tras el reflujó de la ola revolucionaria y la consolidación de los diferentes Estados Capitalistas, el proceso histórico no permitió al partido bolchevique preparar las condiciones positivas que aseguraran la política marxista del Estado obrero y su función revolucionaria!

Las críticas que presentaron los grupos comunistas holandés y alemán, cuando se instauró la NEP, fueron rechazadas de las filas de la Internacional Comunista y tratadas como herejías marxistas a eliminar mediante una demolición implacable de las posturas concretas que estos grupos defendían frente a los distintos problemas de la lucha obrera: sindicatos, cuestión parlamentaria, campesinado, etc. No era posible en aquella época desplegar una lucha de principios sobre el problema de la política de la URSS. La Internacional tenía que dar una solución inmediata al problema de las relaciones del Estado obrero con los Estados capitalistas, y no podía contar para ello con un sistema de principios ya adquirido con anterioridad. En la medida en que el error no es más que una manifestación de la propia realidad, y que precisamente el propio error es el que permite que aparezca la necesidad de comprender esta realidad, podemos afirmar que la Internacional debía haber aprovechado la esencia proletaria de estos grupos, en lugar de buscar una victoria que no era tal y que además no era difícil de alcanzar mediante el acoso y derribo a estos grupos, desacreditándoles ante el movimiento obrero.

La laguna en este problema de las relaciones entre el Estado obrero y los Estados capitalistas permitió la victoria del centrismo en los partidos comunistas, sobre todo tras la derrota china. La expulsión de la izquierda marxista en 1927 representa la más terrible de las derrotas sufridas por el proletariado mundial en la posguerra. Los partidos comunistas, la Internacional y el propio Estado obrero sufren desde entonces una evolución histórica opuesta a la que presentaban cuando terminó la guerra.

En 1927, el Estado obrero escinde abiertamente sus intereses de los del proletariado del resto de países. Como ya hemos señalado en nuestro artículo sobre el “Decimosexto aniversario de la revolución rusa” (*Bilan*, noviembre de 1933), la derrota del proletariado chino y la correlación de fuerzas mundial que de ella resultó representaba la premisa política que permitía levantar la teoría de los “progresivos logros socialistas” en la Unión Soviética. Cuando afirmamos que la sociedad está dividida en clases y que –desde el punto de vista histórico– esta sociedad funciona como un “todo mundial” y no como una adición de sectores económicos dispares (coloniales, capitalistas o proletarios), queremos decir que el enfrentamiento entre el proletariado y la burguesía es el motor de todas las situaciones que vivimos y que, en el instante mismo en el que el Estado obrero se divorcia del proletariado mundial para instaurar en sus fronteras el socialismo, pensando que el proyecto no puede quedarse en el aire, desde ese momento empieza a ser sitiado para finalmente incorporarse a la evolución del capitalismo internacional. Cuando decimos que la expulsión de la izquierda marxista representa la más terrible derrota, no nos referimos sólo al duelo Stalin-Trotsky, por otra parte falso, ni al duelo centrismo–oposición de izquierda marxista, mucho más acertado; sino que pretendemos poner de relieve el alcance real de este hecho. El centrismo se convierte en un instrumento a disposición del enemigo para la lucha contra el proletariado y sólo los pequeños núcleos de la izquierda marxista son capaces de continuar luchando por la revolución proletaria.

En la fase imperialista del capitalismo y desde el punto de vista general, no hay más que dos salidas: la capitalista, la guerra; y la proletaria, la revolución. Únicamente la insurrección de los trabajadores puede impedir que se desencadene la guerra. Para que esta consideración fundamental no termine en una mera afirmación teatral de ornamento político, debe convertirse en el criterio que establezca toda nuestra actividad política, **por mínima que sea**. El fascismo y su victoria en Alemania demuestran que cuando el proletariado detiene su lucha revolucionaria hacia la conquista “total”, hacia su dictadura revolucionaria, el capitalismo pasa a la brutal contraofensiva “total”, es decir, al aplastamiento de todas las organizaciones de resistencia y de lucha de la clase obrera.

Desde el punto de vista mundial, la oposición entre estas dos posibles perspectivas se revela de manera flagrante a través de los últimos acontecimientos. La propia victoria del capitalismo internacional, que descarga su martillo de hierro sobre el cuerpo destrozado del proletariado alemán, es el requisito previo para el reagrupamiento de las coaliciones imperialistas, con miras a la guerra.

Ya hemos explicado qué función ha cumplido el Estado ruso en el transcurso de los acontecimientos que han concluido con la victoria fascista en Alemania. La función de este Estado ha consistido en imponer al partido comunista alemán, a través de la I.C., una política que eliminaba toda posibilidad de lucha de los obreros alemanes contra el plan del capitalismo internacional, que anhelaba la victoria del nazismo.

Inmediatamente después de ser aplastado del proletariado alemán, después de que se cumpliera el requisito histórico para la guerra, hemos podido asistir a una actividad diplomática febril que, pasando por Alemania, Italia, Francia e Inglaterra, ha terminado en los Estados Unidos, y cuyo objetivo es recabar el apoyo de Rusia de cara a la próxima conflagración. Ante esta actividad capitalista, el centrismo propugna el abandono total y definitivo de la Internacional Comunista, tratando de atraer a los obreros con el señuelo de que las negociaciones y las transacciones para la guerra que se desarrollan en el mundo entero con la colaboración de Rusia, se transformarán, por el hecho de la participación de los delegados soviéticos, en otras tantas etapas contra la guerra y hacia la “paz”. Por otra parte el centrismo explica con la siguiente consideración la súbita simpatía hacia la URSS que tras la victoria de los nazis anima a los Estados capitalistas: la única escapatoria a la crisis económica que le queda a los Estados capitalistas es una carrera de velocidad por reanudar las relaciones políticas y económicas con Rusia. Evidentemente, podemos responder fácilmente que si tan considerable es el peso de URSS, el centrismo no debería ofrecer esta tabla de salvación al capitalismo. Esta estampa de Epinal nos lleva entonces a estas conclusiones: por una parte el mundo capitalista se hunde y, por otra, se desarrolla una sociedad nueva en Rusia.

Los preparativos para la nueva conflagración explican estas prisas de los Estados capitalistas por acercarse a la URSS, la única forma de defender el régimen burgués. Las coaliciones imperialistas de 1914-18 pretendían repartirse las colonias, y la guerra estalló a partir de las chispas que se prendieron en el polvorín de los Balcanes. En el transcurso de la guerra y a expensas del resto de potencias imperialistas, se fue conformando la más poderosa de ellas: los Estados Unidos.

Actualmente es la lucha por el Pacífico la que enfrenta de manera general a los Estados Unidos con el capitalismo europeo, que –gracias al botín de la última guerra– tiene posibilidades de resistirse a la hegemonía del imperialismo americano. En Asia, la derrota china de 1927 hizo que el proletariado desapareciera como fuerza capaz de liberar el continente del domino imperialista y de industrializarlo bajo la dirección de la dictadura del proletariado. A consecuencia de esta derrota, Japón puede expandirse y manifestarse como potencia pan-asiática, tratando de imponer su hegemonía imperialista en Asia.

En el contexto de esta situación real es donde hay que enmarcar los intereses e intenciones de los imperialismos, en el escenario de una crisis económica que no tiene más salida que la guerra, para la cual se preparan ya los bloques capitalistas que se enfrentarán en ella. Esta es la realidad en la que hay que situar el reconocimiento de la URSS por los Estados Unidos. Desde el punto de vista económico, estos ya detentaban –incluso antes de reconocer a Rusia–, directamente o por intermedio de Alemania, el mayor volumen de intercambios comerciales con la Unión Soviética. Por tanto, Litvinof no fue a Washington por razones económicas. Por otra parte, el propio centrismo ha puesto de relieve las favorables repercusiones que tendría para la URSS este reconocimiento “de iure”. Por último, el viaje de Litvinof a Roma revela cual es el verdadero juego de las conversaciones de Washington: la mutua defensa de ambos Estados contra el

poderío creciente de Japón. Los objetivos del capitalismo italiano en Asia son perfectamente conocidos, así como el papel que juega actualmente en Europa tratando de formar un bloque de potencias que se oponga al reparto del mundo impuesto por el tratado de Versalles. Los dos bloques imperialistas que se enfrentarán en la guerra se van formando ya, en Europa, al calor de la lucha por el dominio del Pacífico y el reparto de Asia.

Rusia, por su situación geográfica, va a ser uno de los factores más importantes en el nuevo contexto histórico que se avecina. Por su parte, los Estados Unidos, gracias a su situación geográfica y a su poderío económico, serán también obligados protagonistas de los futuros acontecimientos. Es posible que, una vez más, las apariencias oculten a los protagonistas de la nueva guerra y hagan brillar a otros. Pero la próxima guerra se desencadenará por la cuestión asiática.

El reconocimiento de la URSS por los Estados Unidos aparece así como un doble epílogo: por un lado, el Estado obrero se incorpora al sistema capitalista mundial y consigue alianzas para la guerra; por el otro, se esclarece el frente en el que los contendientes se enfrentarán para delimitar un reparto del mundo distinto al sancionado en Versalles.

En estas condiciones, el acontecimiento del que nos ocupamos representa una considerable victoria de la contrarrevolución mundial, y hay que poner en evidencia su significado en este sentido.

Los que cierran los ojos ante la realidad basan su perspectiva en consideraciones completamente abstractas, mientras continúan lanzando la consigna de la defensa de la URSS. Esta consigna no se atiene a la realidad, sino a un esquema en el que se pretende hacer encajar los acontecimientos. Ya nos ocupamos de este problema en la Resolución del C. E. de nuestra fracción: “¿Hacia la Internacional dos y tres cuartos?” (*Bilan*, noviembre de 1933, páginas 24-25), en el epígrafe que hablaba de la URSS.

La cuestión de la defensa de la Unión Soviética sólo se puede plantear si el Estado obrero está integrado en el movimiento obrero mundial y lo manifiesta a través de la Internacional Comunista. Dos condiciones que no se cumplen hoy en día. En cambio, vemos cómo el Estado obrero se integra en los Estados capitalistas, y a Litvinof declarando a Roosevelt que en Rusia ya no se tolerará ninguna organización encaminada a luchar y destruir el régimen capitalista americano.

Entre el sindicato y el Estado existe una diferencia de alcance considerable que ya hemos intentado sacar a relucir en el epígrafe arriba citado sobre la URSS. El sindicato, órgano específicamente de resistencia, se desmorona a partir del momento en que el capitalismo aniquila al proletariado como clase que lucha por sus reivindicaciones específicas. Por el contrario, el Estado no es un órgano de simple resistencia contra el capitalismo, sino un instrumento para la gestión económica directa. El Estado proletario, desde su aparición, se sitúa en el mismo escenario en el que actúan las fuerzas capitalistas por excelencia: los Estados burgueses. El objetivo del Estado obrero no puede ser la simple resistencia al capitalismo, sino que debe tender a conmovir de arriba abajo el sistema capitalista. Cuando el proletariado administra la producción económica en un país, su único objetivo debe ser la extensión del territorio que domina, uniéndose al movimiento revolucionario del resto de países. Situado al frente de la economía, del mecanismo reproductor de unas fuerzas económicas siempre crecientes, el proletariado debe dar buen empleo a estas fuerzas económicas disponibles. Si no las destina a mejorar las condiciones de vida de los obreros rusos y a apoyar los movimientos revolucionarios del resto de países, si las guarda para reforzar militar y económicamente su Estado, se expone a ver cómo se reproducen en su seno las mismas leyes que conducen a los Estados capitalistas a la guerra.

La defensa de la URSS, por tanto, es inseparable de la reivindicación del proletariado mundial por la reconstrucción de la Internacional Comunista. Esta tarea corresponde a las fracciones de izquierda y, en definitiva, de su logro depende la defensa de la Unión Soviética. De lo contrario, la función histórica del centrismo llegará a su culmen: la participación del Estado proletario en uno de los bloques imperialistas en guerra. El deber de los proletarios del mundo entero será, en tal caso, luchar contra él al igual que contra el resto de Estados. Esta es la única condición que permitiría que la masacre de la guerra desembocase en la destrucción del capitalismo, en el triunfo de la revolución mundial.

Vivimos en un periodo particularmente penoso: la Comuna rusa, a la estela de la gloriosa Comuna de París, se ve amenazada por la gangrena centrista. Pero cuando el capitalismo logra reprimir las revoluciones proletarias, éstas renacen siempre con más fuerza, más activas. Marx, decía a este respecto, tras los acontecimientos de 1848 en Alemania:

En cambio, las revoluciones proletarias como las de siglo XIX se critican a sí mismas constantemente, interrumpen a cada instante su propio curso y retoman lo que parecía ya terminado para comenzar de nuevo, se burlan sin piedad de los titubeos, la debilidad y la miseria de sus primeros intentos, parece como si derribaran al adversario sólo para permitirle que extraiga nuevas fuerzas de la tierra y se levante más terrible frente a aquellas, retroceden constantemente ante la inmensidad infinita de sus propios fines, hasta que llega el momento en que se hace imposible cualquier retirada y las propias circunstancias gritan: hic Rhodus, hic salta. Aquí está la rosa, baila aquí. (18 Brumario).

¡Y el proletariado internacional saltará a pesar de todo!

LA CRISIS DEL MOVIMIENTO COMUNISTA

Deserciones, traiciones y dificultades reales de la doctrina marxista

Siempre se ha considerado al marxismo, con toda razón, como la teoría de la lucha de la clase obrera.

Este periodo de reflujo revolucionario, por tanto, debe provocar carencias en el pensamiento marxista, su estancamiento en fórmulas vacías, la contaminación burguesa en el seno del proletariado, la victoria del oportunismo en las organizaciones proletarias y la deserción de numerosos militantes.

En *La enfermedad infantil del comunismo*, Lenin describía un periodo análogo al que vivimos ahora: “Años de reacción (1910-1917), el zarismo se impone. Todos los partidos de la revolución o de la oposición están destruidos. El desánimo, la desmoralización, las escisiones, la dispersión, las traiciones y la pornografía sustituyen a la política. Se refuerza la tendencia filosófica idealista; bajo los ropajes del misticismo se encubren las conciencias contrarrevolucionarias. Pero esta enorme derrota también aporta una verdadera lección al partido y a la clase obrera, una lección infinitamente saludable de dialéctica histórica, de inteligencia, de habilidad y del arte de la conducción de la lucha política. Los amigos se reconocen en las desgracias. Los ejércitos tienen buena escuela”.

Numerosos militantes desertan o traicionan actualmente. ¿Podríamos limitarnos a hablar de casos individuales o habría que dar una explicación general de este fenómeno?

En la inmediata posguerra, el proletariado, que se encontraba en una posición de ofensiva directamente revolucionaria, logró atraer a su lado a una multitud de individuos, que hoy desertan. **En esta época, el marxismo se reducía a una idea muy simple: las luchas y el impulso revolucionario de las masas suministraban directamente el material político de la teoría marxista.** Así, el trabajo de la Internacional Comunista en la época en que se fundó, fruto de la lucha de los obreros rusos y del proletariado internacional, constituye sin ninguna duda el pilar fundamental de la lucha proletaria para la conquista del poder.

Una de las características más negativas del movimiento de la inmediata posguerra residía en que daba posibilidad a que muchos elementos sin la preparación política adecuada ingresaran en el movimiento activo del proletariado. Es verdad que para una generación proletaria, la más activa de este periodo además, había sido imposible prepararse política y teóricamente para la lucha proletaria revolucionaria, debido a la guerra. Pero también es verdad que la victoria revolucionaria en Rusia fue posible porque esa activa generación proletaria supo unirse a la generación precedente, la cual se había templado al calor de intensas luchas políticas acerca del significado de la doctrina marxista.

Excepto en Rusia, donde el partido había desarrollado un indispensable y extenso trabajo teórico, durante la inmediata posguerra pudimos asistir en el resto de países a una afluencia de individuos que, sin conocer los principios fundamentales, creían que comprendían el método y la teoría marxista sólo por haberse adherido al partido o haber colaborado en su fundación. Estos individuos se unían a las masas obreras gracias a la confluencia del impulso revolucionario de estas últimas con su voluntad de acción.

En definitiva, en aquella época la mayor parte de los intelectuales que se unían al proletariado no eran marxistas sino en la medida en que la propia situación, el ascenso revolucionario de las masas, confirmaba los postulados esenciales del marxismo. Cuando tras las derrotas obreras cambió la situación, estos elementos, que no tenían más armazón teórico que el que suministraban las contingencias favorables, proclamaron el fracaso del marxismo. Pero en realidad estos individuos no han cambiado: al principio eran el reflejo superficial del impulso de las masas, que ellos no sabían cómo controlar y dirigir hacia la insurrección. Y actualmente, reflejan la situación inversa, el terrible reflujo de la clase obrera, la repercusión inmediata de una contingencia desfavorable, para la que no tienen ni pueden tener ninguna explicación.

Sería en vano pedir a todos estos profetas del fracaso del marxismo que nos dijeran con qué pretenden sustituirle a la hora de explicar válidamente la evolución histórica y la situación actual; responderían batiendo la estrada incansablemente, sin lograr argumentar ni dos ideas contra el marxismo que pretenden enterrar.

El movimiento proletario ha conocido a innumerables sepultureros de este género; todos, sin excepción, terminaron poniendo su "ímpetu" intelectual al servicio de los impetuosos ataques de la burguesía contra el proletariado.

Por consiguiente, las múltiples deserciones que hoy vemos no nos interesan más que como síntomas generales de la desfavorable situación para la lucha revolucionaria del proletariado. No vamos a perder el tiempo analizando las elucubraciones, por otra parte estúpidas, de estos nuevos "neo-marxistas" o de los

pretendidos enterradores de Marx, sobre todo cuando son incapaces de oponer más que frases huecas y toscas nulidades.

El marxismo, como método y teoría para la revolución proletaria, se presenta como una síntesis de la que no se pueden disociar sus partes constituyentes. Pero desde el punto de vista del análisis histórico y de las situaciones concretas, llegaremos a resultados diferentes según si nos esforzamos en comprender la marcha de los acontecimientos o si tratamos de establecer las condiciones subjetivas necesarias para intervenir en dichos acontecimientos.

Todo esto, por supuesto, se refiere al procedimiento empleado para el trabajo teórico. Pues la esencia sintética del marxismo entrelaza la interpretación histórica y la intervención con miras a la transformación del mundo. En resumidas cuentas, las diferentes conclusiones a las que podemos llegar representan los distintos aspectos que constituyen la conciencia de clase, es decir, el proceso de inteligencia social, considerado en su integridad, que el desarrollo económico establece para una fuerza social determinada.

El determinismo económico y el materialismo histórico nos bastan como métodos de comprensión histórica y para explicar los fundamentos de la economía capitalista. La teoría de la plusvalía demuestra su completa validez actualmente, determinando el motor de la economía capitalista. La contradicción entre la capacidad de producción y la capacidad de compra se presenta siempre como la causa esencial de las crisis económicas y como condena histórica del capitalismo. Por otra parte, la relación entre el mundo industrial y colectivo de la producción y las relaciones sociales basadas en la propiedad privada, son la única manera de explicar la vida y organización de la sociedad capitalista, así como los contrastes que aparecen en esta sociedad y los movimientos sociales correspondientes. Sin embargo, nuestra tarea se vuelve mucho más difícil cuando lo que pretendemos es establecer el conjunto de elementos subjetivos indispensables para provocar una evolución de las situaciones hacia la revolución, es decir, cuando se trata de construir y desarrollar el partido del proletariado.

Y en este aspecto, el trabajo aún no está acabado. Podemos afirmar que –debido a la propia naturaleza del marxismo– esta tarea de preparación de las condiciones subjetivas no se puede concebir más que sobre la base de una “transformación permanente”. El taller histórico del proletariado –el partido– no puede llevar a cabo esta transformación sin las materias primas que suministra el curso de la historia. Por otra parte, es imposible hallar soluciones políticas para situaciones concretas en ninguna de las obras de los maestros del comunismo científico, aunque las convirtamos en una “biblia”.

Rosa Luxemburgo decía, con justicia: “la obra de Marx, que como descubrimiento científico constituye un todo gigantesco, rebasa las necesidades directas de la lucha de la clase proletaria para la que fue creada. Con el análisis completo y detallado de la economía capitalista, así como con el método de investigación histórica y sus infinitas posibilidades de aplicarlo, Marx nos ha dado mucho más de lo necesario para la práctica de la lucha de clases”. En el mismo artículo de 1903 acerca de Marx, Rosa añadía: “por lo demás, sólo en el terreno económico podemos hablar, en la obra de Marx, de una construcción perfectamente acabada. En cambio, de la parte más valiosa de sus escritos, la concepción materialista y dialéctica de la historia, no queda más que un “método de investigación”, un par de ideas directrices generales que permiten vislumbrar un mundo nuevo, que abren perspectivas infinitas a la iniciativa individual, que ofrecen alas al espíritu para las incursiones más audaces en unos dominios inexplorados”.

La teoría de la lucha de clases nos da los elementos esenciales para la acción del proletariado, pero no basta para que lleve a cabo su tarea histórica. En efecto, el hecho de ser la clase explotada únicamente le da al proletariado la posibilidad de organizarse para obtener mejores condiciones de vida: los sindicatos, las cooperativas, las mutualidades. Aun suponiendo, de manera totalmente abstracta, que todo el proletariado se organizara integralmente para oponer resistencia contra la explotación capitalista, eso no representaría la condición suficiente para la lucha revolucionaria del proletariado. El mecanismo de la lucha de clases no evoluciona automáticamente hacia la eclosión de luchas políticas que concluyen con la emancipación de la clase obrera. Pues la burguesía, para contrarrestar la evolución del capitalismo hacia el socialismo, opone una sangrienta resistencia, encaminada a masacrar a la fuerza histórica —el proletariado— cuya insurrección es el requisito esencial que permite construir la sociedad socialista.

Una clase puede intervenir en la evolución histórica en la medida en que logra comprender sus objetivos y los medios para alcanzarlos. En general, esto consiste en comprender los medios que permiten atenuar y suprimir el dominio de la fuerza y el mecanismo económico sobre el hombre.

Retomando a Engels, podemos decir que la evolución social de la humanidad se puede dividir en dos partes fundamentales: la prehistoria, cuya última fase es el capitalismo, y la verdadera historia, que comenzará con el triunfo del proletariado. **En esta prehistoria, los periodos caracterizados por una progresiva liberación del hombre respecto al mecanismo económico, ven formarse también las clases que acaparan los frutos del desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas, para su propio y limitado interés.** La comprensión histórica de estas clases explotadoras no es, en definitiva, sino el reflejo real de la posición que ocupan o están a punto de ocupar en el mecanismo productivo.

En lo que concierne a la evolución histórica que acompaña al avance del capitalismo, constatamos que, en suma, es el resultado del papel histórico de la burguesía. Ésta tiene únicamente un objetivo limitado: la sustitución de un privilegio por otro, la servidumbre por la propiedad privada. La resistencia de la economía feudal fermenta directamente las condiciones de lucha por la nueva economía capitalista; mientras, en la medida que se constituyen y se refuerzan en las ciudades las posiciones económicas de la burguesía, se va formando la osamenta de la clase capitalista. Ésta no necesita un partido de clase para salir victoriosa: las sucursales comerciales y las manufacturas son los órganos de lucha de la burguesía.

Cuando llega la hora del ataque general, tras siglos de progresiva penetración de estas fortalezas capitalistas en la economía feudal, la burguesía se convierte en la clase dirigente de la sociedad. Primero en Inglaterra, luego en Francia, en Alemania por último, se desata una extensa producción intelectual que abarca todos los dominios, coronando el triunfo que el capitalismo ya había logrado en el terreno económico. La nueva clase que se instala en el poder sólo puede comprender completamente el significado histórico de su misión “a posteriori”, gracias a este material ideológico que le sirve a para conservar sus privilegios y corromper a su principal enemigo, el proletariado. Desde una perspectiva general, podemos afirmar que la formación de la clase capitalista se desarrolla bajo el efecto directo de la resistencia del régimen feudal, acompañada de progresos económicos en el seno de la vieja sociedad, y se manifiesta cuando han madurado las condiciones objetivas para su triunfo.

¿Se puede plantear un esquema análogo para el proletariado? Como ya hemos indicado, el objetivo histórico del proletariado no puede ser la sustitución de un privilegio por otro: su objetivo es suprimir todo régimen de privilegios. Si quisiéramos fundamentar la doctrina “reformista”, podríamos afirmar que inicialmente se repite el proceso de formación y desarrollo de la clase capitalista. Las “reformas” arrancadas al Estado capitalista representarían otros tantos pasos en la progresiva penetración de las células proletarias

en el régimen capitalista. Las cooperativas, por ejemplo, se presentaban como islotes proletarios, y los sindicatos y los partidos como recipientes que no hay más que llenar para preparar la evolución de la sociedad hacia el socialismo.

La tormenta histórica de 1914 ha demostrado definitivamente que esta postura “reformista” implicaba en realidad la incorporación del proletariado a los planes conservadores de la burguesía, a los planes de resistencia de la prehistoria contra las fuerzas de la historia consciente de la humanidad, representadas única y exclusivamente por el proletariado.

El proletariado, por tanto, no puede actuar basándose en las posiciones económicas que detenta y cuyo desarrollo expresaría el crecimiento de la clase y el cumplimiento de su papel histórico. Desprovisto de toda posición económica en el seno del capitalismo, el objetivo del proletariado no es conquistarla. Si le conviene reforzar los sindicatos, las mutualidades y, en el futuro, su Estado, su dictadura, es para desarrollar las condiciones y los elementos que favorecen su lucha internacional, no para conquistar la posición en la que supuestamente se concreta su función histórica. Por otra parte, el proletariado no puede sustituir el privilegio de la propiedad privada por otro, y la propiedad privada es inconcebible sobre la extensa base de las masas obreras. El proletariado está vacunado contra la desnaturalización de los objetivos fundamentales que le corresponden: la experiencia histórica confirma esto claramente, pues cada derrota del proletariado ha sido el triunfo de la reacción más terrible. La deformación centrista del Estado ruso tiene un precio: el empeoramiento de las condiciones de vida de la clase obrera en Rusia y en todos los países.

La acción revolucionaria del proletariado se complica mucho por el hecho de que, al formar parte de la propia sociedad capitalista, se convierte en un instrumento de lucha para todas las fuerzas integradas en el bloque de la milenaria resistencia prehistórica contra las fuerzas de la historia. Y si estas últimas pueden prevalecer de la evolución lógica de las fuerzas de producción, no pueden apoyarse en ningún aparato económico, sino que deben combatir y vencer a las fuerzas que tienen a su servicio una poderosa organización económica, política, policial, militar y judicial.

La división de la sociedad en clases no hace que el organismo social deje de funcionar como un todo unitario bajo la dirección de la clase dominante. No existe un proyecto de organización social para cada clase o sub-clase existente. La explotación de una clase sólo garantiza un apoyo accidental a la lucha revolucionaria, simplemente. El campesino, por ejemplo, bajo el yugo de la explotación, sólo se une al frente de lucha del proletariado para satisfacer sus necesidades, no para acompañarle en su misión histórica. Será su hermano de lucha sólo cuando, tras la industrialización del campo, deje de ser campesino para convertirse en un obrero agrícola. Hasta entonces sólo es una posible “ayuda” para la lucha, una ayuda que no puede aportar armas eficaces al patrimonio de lucha de la clase obrera.

La explotación hace fermentar la oposición al capitalismo, pero no establece las condiciones que preparan y desencadenan la insurrección proletaria. La situación de “explotado” no convierte al campesino, al intelectual o al propio obrero en un artesano de la revolución, y es absolutamente ridículo, por tanto, pretender juzgar la “opinión proletaria” de alguien en función directa de su situación económica como individuo. Incluso en lo que concierne a la clase en su conjunto –y allí está el fascismo para demostrarlo–, la más terrible opresión económica y política sobre los obreros no tiene por qué representar una situación favorable para la lucha revolucionaria.

Para pasar de la fase de resistencia –fruto de los propios antagonismos de la sociedad capitalista– a la ulterior fase de lucha revolucionaria, el proletariado debe adquirir conciencia de sus objetivos generales,

así como del camino a coger para lograrlos. La **política** de la clase obrera consiste, en definitiva, en establecer una serie de consignas que se concreten, no ya en una simple oposición al régimen capitalista por mejores condiciones de vida, sino en una oposición orientada ya hacia la organización de la nueva sociedad.

Los movimientos de masas, que evidentemente son el resultado directo de los antagonismos sociales, tampoco representan la formación de la conciencia de clase del proletariado. Muchas huelgas, y algunas de amplitud e importancia enormes, no tienen una influencia decisiva y directa en los acontecimientos. Para nosotros, la experiencia a este respecto es definitiva y demuestra que movimientos aún más importantes que las huelgas, como las revueltas en la inmediata posguerra, no tienen por qué representar la conciencia de clase del proletariado. En cambio, el hundimiento del imperio zarista y los movimientos proletarios de aquella época se transformaron en combates revolucionarios **porque el partido bolchevique, desde la derrota de 1905, había estado trabajando durante años, afilando las armas políticas que permitieron la victoria de la revolución de 1917 y reforzando la conciencia de clase del proletariado.**

Está de moda representar al partido bolchevique con una imagen que nos parece completamente falsa: el partido habría logrado la victoria de Octubre de 1917 porque era el autor consciente de todos los movimientos de obreros y campesinos de Rusia, tanto antes como durante la guerra, y provocaba dichos movimientos gracias a sus organizaciones. Inspirados en esta imagen, la Internacional Comunista ayer y hoy la Oposición de Izquierda, entonan el estribillo de que es posible y necesario “provocar” tal o cual movimiento de masas, y asistimos al cruce de formaciones políticas que tratan de disputarse la iniciativa del movimiento cuando, en realidad, ninguna de ellas tiene capacidad para ello. Por otra parte, un serio análisis histórico de la formación del partido bolchevique nos llevaría probablemente a la conclusión de que, hasta abril de 1917, no hubo más trabajo que el de la “fracción” bolchevique y únicamente a partir de entonces se funda el partido que, poco después, concretamente en julio y octubre de 1917, será capaz tomar la **iniciativa** y desencadenar movimientos revolucionarios.

Pero si los hombres, o incluso la **“colectividad que se organiza o va camino de organizarse en fracción o partido”** no pueden provocar por encargo unos movimientos que dependen de las relaciones contradictorias de clase, sí que son al menos un factor, de importancia capital además, en la evolución de estos movimientos y, en parte también, un factor directo de su preparación y madurez. Se trata únicamente, pues, de determinar **“cómo”** puede el partido o la fracción cumplir esta tarea.

Como hemos dicho, los movimientos que son fruto de los antagonismos sociales se encaminan a la “resistencia” y no a la revolución, y el factor consciente no es resultado de los contrastes de clase, sino que es introducido por un órgano, el partido. A este respecto, es ciertamente destacable que Lenin, cuando se formaban las bases del partido bolchevique, escribiese en “¿Qué hacer?” todo un sugestivo capítulo sobre “la espontaneidad de las masas y la conciencia de la socialdemocracia”, en el que ponía en evidencia las justas palabras de Kautsky respecto al proyecto del nuevo programa del partido socialdemócrata austriaco diciendo, entre otras cosas*: “Muchos de nuestros críticos revisionistas piensan que Marx afirmó que el desarrollo económico y la lucha de clases no sólo crean las condiciones para la producción socialista, sino que engendran directamente la **conciencia** de su necesidad... La conciencia socialista no puede formarse más que sobre la base de una ciencia profunda... El portador de la ciencia no es el proletariado, sino la categoría de los **intelectuales burgueses**: en efecto, en el cerebro de ciertos individuos pertenecientes a esta categoría nació el socialismo contemporáneo, y a través de ellos ha llegado a los proletarios intelectualmente más

* Por falta de espacio, no reproducimos toda la cita de Kautsky. En la página 42-43 de “¿Qué hacer?” el lector podrá constatar que las frases escogidas no alteran el significado del texto citado por Lenin.

avanzados, que lo introducen luego en la lucha de clase del proletariado allí donde las condiciones lo permiten”. Y Lenin añade: “Desde luego, esto no quiere decir que los obreros no participen en esta elaboración. Pero no lo hacen ya en calidad de obreros, sino como teóricos del socialismo... Ellos mismos (los obreros) leen y querrían leer todo lo que escriben los intelectuales, y sólo los más piadosos de estos piensan que basta con hablarles un poco del régimen disciplinario y la vida en la fábrica, contándoles lo que ya saben desde hace mucho tiempo”. Una vez más Lenin se adelantaba a su época. En efecto, actualmente, cuando se cifran por cientos y por miles los obreros capaces de participar en el trabajo de elaboración teórica del partido, únicamente las rencillas personales, la falsificación histórica, la calumnia, el escándalo, la persecución, la represión o el empleo de un aparato político alimentado con la plusvalía de millones de obreros y campesinos engañados y traicionados puede condenar a estos obreros revolucionarios a la inercia ideológica, al papel de simples actores que repiten el guión del apuntador centrista.

Hemos hecho referencia a Lenin para indicar mejor cual es el **punto de partida marxista** para el trabajo de partido, lo cual nos permite separarnos de estos “artífices de movimientos de masas”, género predominante entre los opositores que se proclaman bolchevique-leninistas, y de esos grupos que son incapaces de modificar de forma directa la situación actual más de una milésima de milímetro. Por nuestra situación, podemos emplear estas palabras sin que sirvan de justificación a nadie (también nosotros nos consideramos una expresión de la deformación actual del proletariado, tan sólo un factor de su trabajo de regeneración). Siempre hemos protestado contra esa lucha desplegada por el camarada Trotsky contra los militantes que pretenden dedicarse al trabajo de reconstrucción teórica de la lucha del proletariado revolucionario.

Esta posición de partida es interesante para delimitar la tarea del partido, su capacidad para influir en las situaciones. Es un requisito necesario para poder llegar a ser un factor activo en la evolución revolucionaria de los movimientos producidos por los antagonismos sociales. La bandera del partido consiste en que el proletariado adquiera y forme su conciencia de clase, y en la medida en que esta conciencia se va formando, se desarrolla también la clase como factor activo en la historia para la instauración de la dictadura del proletariado, etapa anterior a la sociedad sin clases. La fundación del partido representa, pues, la manifestación real de la clase proletaria, porque refleja –en las declaraciones programáticas y estatutarias– que la clase está produciendo sus primeras armas para la lucha revolucionaria, que está surgiendo la conciencia del proletariado, aún en su forma primitiva y general. El crecimiento del partido, que no significa simplemente el refuerzo numérico de sus filas, aumenta la capacidad de lucha del proletariado y debe traducirse en un incremento de su conciencia teórica. En este sentido, afirmamos sin rodeos que el partido representa la condición real del éxito de la lucha sólo si logra dar una clara afirmación política a los objetivos del proletariado, y esta afirmación tiene un valor concreto y positivo muy superior a los sindicatos de masas, a los partidos de masas y al propio Estado obrero. La experiencia anterior a la guerra demuestra que la hipertrofia de las organizaciones obreras sofocó y estranguló a la clase proletaria, mientras el reagrupamiento bolchevique, numéricamente insignificante, logró para la revolución mucho más que lo que consiguieron para la contrarrevolución los autoproclamados constructores de colosales organizaciones de masas.

Este trabajo de formación de la conciencia teórica del partido radica en ir enunciando progresivamente las nociones políticas que enriquecen la armadura del partido. Esto consiste, esquemáticamente, en explicar las situaciones pasadas y analizar las situaciones concretas, en esforzarse por establecer las perspectivas, en elaborar los esquemas alrededor de los cuales se proclama la disciplina de sus miembros, primero, y el deber del proletariado de unirse a ellos, después. Además, el partido debe someter

a la prueba de los acontecimientos los elementos políticos **que cree** haber adquirido, sin miedo a rectificar o a modificar sustancialmente su postura, pues la explicación **científica de una situación sólo es posible a posteriori**.

Las consideraciones precedentes podrían dar la impresión de que consideramos el partido como un club de “sectarios” y de “planificadores abstractos que están en las nubes”. La polémica por la polémica – que constituye la norma en todas las formaciones centristas y de oposición– no nos interesa, y expresamos nuestro más profundo desprecio a aquellos que, cualquiera que sea su talla, pretenden hacernos pasar, por ejemplo, por “gente que está decepcionada con los movimientos de masas”. Nos reclamamos de una corriente que ha formado el partido comunista sobre una clase obrera sacudida y ametrallada por el fascismo. Nosotros participamos en las luchas de las masas hasta el último instante en que fue posible, y no inventamos ningún esquema abstracto de lucha, no nos escaqueamos del penoso trabajo que nos corresponde, pues sabemos esperar las condiciones que nos permitan recuperar nuestro puesto en el movimiento obrero. **Es más, afirmamos que sólo trabajando en la dirección que indicamos se logrará reemprender realmente las luchas revolucionarias.**

El trabajo teórico del partido debe realizarse teniendo exclusivamente en consideración la lucha de la clase obrera. Ni la gestación ni el desarrollo del partido dependen de las ideas que desarrollan sus militantes, según su capacidad intelectual. Pero el partido no puede fundarse o actuar al margen de su **concepción organizativa**. Al concebir al partido como instrumento fundamental y esencial del proletariado, planteamos el proceso de su formación, de su desarrollo permanente y de su funcionamiento desde un punto de vista complejo y unitario: siendo necesarias todas las partes para el movimiento en su conjunto, su división organizativa es una división funcional y no cuantitativa.

Así, el Comité Ejecutivo, el Comité Central, los Comités Federales y las asambleas de las secciones emergen como los órganos específicos donde se desenvuelve la vida de la clase obrera. Una discusión de principios políticos, un Congreso del partido, aparece, por tanto, como el canal a través del cual la clase obrera aborda o realiza una conquista en su lucha por la revolución.

Cuando se formaban las bases del partido bolchevique, Lenin propugnó una escisión sobre una cuestión organizativa que para nosotros no era un simple detalle, sino una cuestión esencial de principios **que señalaba cual era la condición necesaria para la gestación y el desarrollo del partido y de la propia clase obrera. “No es miembro del partido sino aquel que está afiliado a una de sus organizaciones de base”,** así es como Lenin indica el procedimiento de articulación de la clase obrera.

La obra de los bolcheviques, antes y durante la guerra, adquiere todo su significado al considerarla como inventario de las posiciones políticas bajo las cuales ha de desarrollarse la lucha de la clase obrera. La restauración de la teoría de Marx hecha por Lenin no fue un retorno formal y literal a la obra política de Marx, sino que, enfrentándose a un reformismo que precisamente se dedicaba a repetir literalmente a Marx, Lenin enriqueció la obra legada por Marx, **añadiendo la doctrina del partido y de la insurrección proletaria. Lenin nos legó las nociones teóricas que necesitaba la clase obrera en aquel periodo, no podía hacer más ni comprender más, pues el marxismo no es el devoto apóstol de un mundo nuevo sino el artífice de la destrucción de la sociedad capitalista.**

Después de Lenin han surgido otros problemas y la clase obrera debe elaborar la teoría del Estado proletario y la teoría de la táctica. Si no aborda estos problemas, no podrá reanudar la lucha revolucionaria. Lenin generó la teoría del partido y de la insurrección desde las entrañas mismas de la socialdemocracia, que

se descomponía en la corrupción y la traición del revisionismo. Sólo si permanecemos en relación política e ideológica con el mundo centrista que se desmorona podremos reconstruir las vertebras del nuevo mundo del proletariado. Una vez más, sólo por la vía de las fracciones podremos llevar a cabo nuestra tarea histórica, proclamando abiertamente que **el producto teórico indispensable aún está por adquirir**. Y no creando nuevos organismos, declarando que todo está ya adquirido y afirmando que, gracias a las diabólicas fuerzas de Stalin y del “estalinismo”, el proletariado ha dejado de existir como clase, tanto desde el punto de vista internacional como en el interior de cada país. Construir las fracciones es **reconstruir la capacidad de lucha de la clase obrera**.

EL PRINCIPIO DEMOCRÁTICO

Ocurre muy a menudo que ciertas fórmulas que se emplean para exponer los problemas del comunismo dan lugar a equívocos, dependiendo de la interpretación que se haga de ellas. Así ocurre con los términos “democracia” y “democrático”. El comunismo marxista se presenta, según afirman sus principios, como crítica y negación de la democracia. Pero, por otra parte, los comunistas defienden a menudo el carácter democrático, la aplicación de la democracia en el seno de los organismos proletarios: el sistema estatal de los Consejos Obreros, los sindicatos y los partidos. Y evidentemente, no hay contradicción alguna en ello siempre que consideremos el dilema: democracia burguesa - democracia proletaria, como equivalente a: democracia burguesa - dictadura proletaria.

La crítica marxista a los postulados de la democracia burguesa se basa, efectivamente, en la definición de las características de la actual sociedad dividida en clases, y demuestra la inconsistencia teórica y los embustes prácticos de un sistema que pretende conciliar la igualdad política con la división de la sociedad en clases sociales, división que está determinada por la propia naturaleza del sistema de producción.

La libertad y la igualdad política que según las teorías liberales se reflejan hoy en el derecho al sufragio, carecen de sentido si reposan en una base que engloba diversas circunstancias económicas fundamentales: por eso los comunistas las aplican en el interior de las organizaciones de clase del proletariado y sostienen que hay que dar un carácter democrático al mecanismo organizativo de la clase obrera.

Para no caer en malentendidos ni dar valor a un concepto rico en sugerencias y que nos esforzamos penosamente en demoler, habría que emplear términos diferentes para cada caso. Y sería útil examinar a fondo desde una perspectiva general el propio contenido del principio democrático cuando se aplica a organismos homogéneos desde el punto de vista de clase. Así evitaríamos el riesgo de acabar reconociendo una “categoría”: el principio de la democracia. Como toda nuestra crítica se esfuerza en poner en entredicho el contenido engañoso y arbitrario de las teorías liberales, no podemos aceptar que se plantee a priori el principio democrático como elemento de verdad y de justicia absoluta. Este principio, por el contrario, es un intruso en nuestra doctrina.

Detrás de un error de táctica política se esconde siempre un error doctrinal, entendiendo por doctrina la traducción al lenguaje de nuestra conciencia crítica colectiva. Así por ejemplo, toda la política y la insidiosa táctica de la socialdemocracia refleja el error de principio que supone presentar al socialismo como el heredero de una parte sustancial de la doctrina liberal, opuestas ambas a las viejas doctrinas políticas religiosas. Por el contrario el socialismo marxista, lejos de aceptarlas y completarlas, ya desde sus primeras formulaciones se consagra precisamente a destruir toda la crítica que el liberalismo demócrata había levantado contra la aristocracia, las monarquías absolutas y el antiguo régimen. Y lo hace, ciertamente, no para dar apoyo a las doctrinas religiosas o idealistas contra el materialismo volteriano de los revolucionarios burgueses, sino para demostrar cómo, en realidad, no era más que en su imaginación que los teóricos de este materialismo creían haber salido de las tinieblas del absurdo idealismo y de la metafísica aplicada a la sociología y la política, gracias a la filosofía política de la “Enciclopedia”. Tanto ellos como sus predecesores debían sufrir la crítica verdaderamente realista de los fenómenos sociales y la historia, representada por el materialismo histórico de Marx.

También es importante demostrar teóricamente que para profundizar en la brecha que existe entre el socialismo y la democracia burguesa, para devolver a la doctrina de la revolución proletaria su significado poderosamente revolucionario, adulterado por quienes fornican con la democracia burguesa, en absoluto es necesario revisar los principios en un sentido idealista o neo-idealista, sino simplemente hacer referencia a la posición que adoptaron los maestros del marxismo frente a todos los engaños de las doctrinas liberales y de la filosofía materialista burguesa.

Para no salirnos del tema, señalaremos que la crítica socialista a la democracia era sustancialmente una crítica a la crítica democrática de las viejas filosofías políticas, una crítica a su supuesto enfrentamiento universal, una muestra de sus semejanzas teóricas, y asimismo mostraremos que el proletariado no tuvo mucho que celebrar cuando la dirección de la sociedad pasó de manos de la nobleza feudal, monárquica y religiosa, a las de la joven burguesía industrial y comercial. Y así la demostración teórica de que la nueva filosofía burguesa no había superado los viejos errores de los regímenes despóticos, de que no era más que un nuevo edificio de nuevos sofismas, correspondía concretamente a la negación representada por el movimiento subversivo del proletariado, que echaba por tierra la pretensión burguesa de haber sistematizado para siempre la administración de la sociedad sobre bases pacíficas e indefinidamente perfectas, gracias al derecho de voto y al parlamentarismo. Mientras la viejas doctrinas políticas fundadas en conceptos religiosos o incluso en la revelación afirman que la fuerza sobrenatural que gobierna la conciencia y la voluntad de los hombres asigna a ciertos individuos, familias o castas la tarea de dirigir y administrar la vida colectiva, entregándoles mediante investidura divina el precioso bastón de “la autoridad”, la filosofía democrática que se afirma a la par que la revolución burguesa, opone a estas afirmaciones la proclamación de la igualdad moral, política, jurídica de todos los ciudadanos, nobles, eclesiásticos o plebeyos. Pretende transferir la “soberanía” del restringido círculo de la casta o la dinastía a la consulta popular y universal representada en el sufragio, mediante el que una mayoría de ciudadanos elige según su voluntad a los administradores del Estado.

Todos los anatemas que tanto los sacerdotes de todas las religiones como los filósofos religiosos lanzaron contra esta concepción, no bastaron para que fuera aceptada como verdad definitiva frente al error oscurantista, aunque durante mucho tiempo el “racionalismo” de la filosofía demócrata fue el no va más de la ciencia social y política, y muchos llamados socialistas se adhirieron a él. La afirmación de que la época de los “privilegios” terminó cuando se echaron las bases del sistema de la mayoría electoral para nombrar a nuestra jerarquía social, no resiste a la crítica marxista. Ésta proyecta una luz muy distinta sobre la verdadera

naturaleza de los fenómenos sociales y demuestra que la llamada supresión de los privilegios no es más que una construcción lógica atractiva si partimos de la hipótesis de que el **voto**, es decir, el parecer, la opinión, la conciencia de cada elector, tiene el mismo peso a la hora de determinar la delegación que administrará los asuntos colectivos. Pero este concepto se revela poco realista y “materialista”, pues considera a cada hombre como una “unidad” perfecta que junto a otras tantas unidades potencialmente equivalentes forma un sistema; y en lugar de plantear el papel que tiene esta unidad haciendo referencia a sus condiciones de vida o a su relación con el resto de hombres, se discurre en base a una supuesta “soberanía”. Esto equivale a colocar la conciencia de los hombres al margen del reflejo concreto de los elementos y de los factores que determinan su medio, considerándola como una chispa que alumbró todo organismo, sano o enfermo, atormentado o armónicamente satisfecho con lo que tiene, como una luz providencial y equitativamente repartida por un indefinible dispensador de vida que ya no elige un monarca, sino que da a todos la facultad de elegirlo. La premisa sobre la que reposa la teoría democrática –a pesar de su ostentación racionalista– no es diferente, por su puerilidad metafísica, a la del “libre-albedrío”, según el cual es la ley católica del más allá la que absuelve o condena. La democracia teórica, en tanto que se coloca al margen del tiempo y de la contingencia histórica, no está menos impregnada de religiosidad que la profundamente errónea filosofía de la “autoridad revelada” y de la monarquía por derecho divino.

El que quiera estudiar de cerca estos problemas no tiene más que recordar que muchos siglos antes de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano y de la Gran Revolución, la doctrina democrática ya era defendida por pensadores que se situaban completamente en el terreno del idealismo y la filosofía metafísica. Por otra parte, la propia Gran Revolución echó abajo los altares del Dios cristiano en nombre de la Razón, aunque luego convirtió o se vio obligado a convertir a la propia Razón en una diosa.

Esta premisa metafísica, que es incompatible con la crítica marxista, no sólo está presente en las construcciones del liberalismo burgués, sino también en toda la doctrina constitucional y en los proyectos de construcción social que se basan en la “verdad intrínseca” de ciertos esquemas de relaciones sociales y estatales. Al levantar su doctrina histórica, el marxismo destruye al mismo tiempo el idealismo medieval, el liberalismo burgués y el socialismo utópico.

Frente a estas arbitrarias elaboraciones constitucionales, aristócratas o democráticas, autoritarias o liberales, así como frente a la concepción anarquista de una sociedad sin jerarquía ni delegación de poderes, que se basa en errores análogos, el comunismo crítico opone un estudio bien fundamentado de la naturaleza de las relaciones sociales y de sus causas, que se desarrollan de manera compleja a lo largo del curso de la historia de la humanidad, así como un atento análisis de las características de las relaciones sociales en la época actual del capitalismo y una serie de hipótesis razonables acerca de su posterior evolución, a las que hoy hay que añadir la formidable contribución teórica y práctica de la revolución rusa.

Sería superfluo extendernos aquí hablando de los ya conocidos conceptos del determinismo económico y los argumentos que lo respaldan a la hora de interpretar los hechos históricos y el mecanismo social. Todo apriorismo conservador o utópico queda superado al introducir los factores que arraigan en el terreno de la producción, de la economía y las relaciones de clase que brotan de ellos; esto nos permite, por tanto, explicar científicamente cómo todo lo que sucede en este terreno se refleja en las diversas manifestaciones jurídicas, políticas, militares, religiosas o culturales de la vida social. Nos limitaremos a seguir sumariamente la evolución que ha sufrido el modo de organización social y el reagrupamiento de los hombres a través del curso de la historia, no sólo en lo referente al Estado, abstracción que unifica a todos

los individuos de una colectividad, sino también en lo que concierne a los diversos organismos que se forman como resultado de las relaciones entre los individuos.

La base para interpretar cualquier jerarquía social, por extensa o limitada que sea, son las relaciones entre los diferentes individuos, y estas relaciones dependen a su vez de la división del trabajo entre los individuos.

Originalmente, podemos imaginar sin equivocarnos gravemente que la especie humana tenía una forma de vida completamente desorganizada. El limitado número de individuos permitía a la especie vivir de los productos de la naturaleza sin tener que desarrollar para ello un arte o trabajo cualquiera, y por tanto, todos podían arreglárselas sin la ayuda de sus congéneres. No había más relaciones que las derivadas de la necesidad de reproducirse, comunes a todas las especies. Pero esta necesidad le basta a la especie humana, y no sólo a ella, para construir un sistema de relaciones jerárquicas que da lugar a la organización familiar. Esta puede basarse en la poligamia, en la poliandria, en la monogamia,... no es cuestión de entrar en tal análisis. En cualquier caso la familia es el embrión de la vida colectiva, organizada sobre una división del trabajo que deriva directamente de factores fisiológicos, factores que hacen que mientras la madre permanezca a cargo de los hijos, el padre se dedique a cazar, a la protección contra los enemigos extraños, etc.

Al igual que en fases posteriores, en esta fase inicial de la producción y la economía, en la que estos dos elementos están casi completamente ausentes, es inútil detenerse en una investigación abstracta para averiguar si estamos ante la unidad del individuo o ante la unidad social. La unidad del individuo tiene sentido, sin duda, desde el punto de vista biológico, pero si pretendemos hacer de ella el fundamento de la construcción de la sociedad, se convierte en una elucubración metafísica, pues desde el punto de vista social las distintas unidades no tienen el mismo valor entre sí, y la colectividad surge a partir de relaciones y evoluciones en las que cada unidad no tiene una función individual, sino una función colectiva determinada por las múltiples influencias del medio social. Incluso en el caso elemental de una sociedad desorganizada o inexistente, la base fisiológica que aporta la organización familiar basta para destruir el carácter arbitrario del individuo como unidad indivisible (en el sentido literal del término) y susceptible de combinarse en un plano superior con otras unidades diferentes y a la vez, en cierto sentido, equivalentes. Ni siquiera existiría la pretendida unidad social, pues evidentemente las relaciones entre los hombres, aunque se basen en la simple existencia recíproca, son tan limitadas que en este caso se restringen al círculo de la familia o el clan. Podemos decir que la unidad "social" nunca ha existido, ni existirá probablemente más que como "límite" al que poderse acercar progresivamente, traspasando las fronteras de las clases y los Estados.

La unidad del individuo se puede emplear como elemento de deducción y de construcción social o, si se prefiere, de negación de la sociedad, sólo si partimos de una premisa errónea que, aunque se presente con modernas formulaciones, no es en resumidas cuentas más que una repetición de los conceptos de la revelación religiosa, de la creación y de una vida espiritual independiente de los fenómenos de la vida natural y orgánica. La divina providencia, o cualquiera que sea la fuerza única que gobierna el destino del mundo, otorgara supuestamente a cada individuo esta investidura elemental que le convierte en molécula autónoma, bien definida, consciente, volitiva, responsable del conjunto social, independiente de los accidentes imprevistos y de las influencias físicas del medio. Si estudiamos las concepciones del liberalismo democrático o del individualismo libertario podemos ver que este concepto religioso e idealista sólo se ha modificado en apariencia: el alma como luz que brilla en la eternidad, la soberanía subjetiva de cada elector o la autonomía limitada de cada ciudadano en una sociedad sin ley, son otros tantos sofismas que para la

crítica marxista pecan de puerilidad, por más resueltamente “materialistas” que fueran los primeros liberales burgueses y los anarquistas.

Este concepto se corresponde con la suposición, también de naturaleza idealista, de la unidad social perfecta, del **monismo** social basado en una voluntad divina que gobierna y administra la vida de nuestra especie. Al examinar el estadio primitivo de la vida social, una vez hemos llegado a la formación de la organización familiar, nos vemos obligados a dejar al margen las hipótesis metafísicas referentes a la unidad del individuo y de la sociedad para poder interpretar la vida de la especie y su proceso evolutivo; pero lo que sí podemos afirmar positivamente es que estamos ante un tipo de **colectividad organizada sobre una base unitaria**, como es la familia. No haremos de ella un tipo fijo o permanente, y en lugar de idealizarlo como modelo de vida social, como el anarquismo o la monarquía absoluta hacen con el individuo, constataremos únicamente la existencia de esta unidad original de las organizaciones humanas, a las cuales sucederán otras organizaciones. Esta unidad se modificará en diversos aspectos, convirtiéndose en elemento constitutivo de otros organismos colectivos, o desaparecerá al desarrollarse formas sociales más avanzadas, como se puede suponer. En principio, no necesitamos situarnos a favor o en contra de la familia, igual que no estamos, por ejemplo, a favor ni en contra del Estado. Lo que nos interesa es comprender, en la medida de lo posible, el sentido de la evolución de estas formas de organización humana, y preguntarnos si es posible que un día desaparezcan de manera objetiva, pues no entra en nuestro ánimo considerarlas sagradas e intangibles o perniciosas y a destruir: el conservadurismo y su contrario (aunque sea la negación de toda forma de organización y jerarquía social) se quedan cortos desde el punto de vista de la crítica, y son estériles en resultados.

Al margen de la oposición tradicional entre las categorías individuo y sociedad, para estudiar la historia de la humanidad nosotros seguiremos la formación y la evolución de otras **unidades**, las colectividades humanas organizadas, agrupaciones más o menos restringidas de hombres fundadas sobre una división del trabajo y una jerarquía, que aparecen como factores y autores de la vida social. Estas unidades podemos compararlas, en cierto sentido, a las unidades orgánicas, a los organismos vivos cuyas células con diferente función y valor serían en nuestro caso los hombres o los grupos elementales de hombres. Pero la analogía no es completa, pues mientras el organismo vivo tiene un límite definido y un curso biológico de desarrollo y muerte, las unidades sociales organizadas no están encerradas en fronteras fijas y se renuevan continuamente, se enredan unas con otras, se descomponen y se recomponen. Lo que nos interesa (por ello hemos insistido en el sencillo ejemplo de la unidad familiar) es demostrar que si bien estas unidades están compuestas de individuos y su composición varía, ellas se comportan siempre como un “todo” orgánico y su división en unidades de individuos sólo tiene un valor mitológico e irreal. El elemento familiar tiene una vida unitaria que no depende del número de unidades menores que engloba, sino del entramado de sus relaciones. Así, por ejemplo, para decirlo vulgarmente, la familia que tiene un jefe, esposas y ciertos ancianos improductivos no tiene el mismo valor que la familia que, además del jefe, dispone de jóvenes aptos para el trabajo.

A partir de esta primera forma de unidad organizada de individuos que es la familia y que representa la primera división del trabajo y las primeras jerarquías y formas de autoridad, de dirección de la actividad de los individuos y de administración, en el transcurso de la evolución se va pasando indefinidamente por otras formas de organización, siempre más complejas y más vastas. La razón de esta complicación está en la propia complejidad de las relaciones y de las jerarquías sociales que surgen de las cada vez mayores diferencias que determina estrictamente el sistema de producción: el arte y la ciencia se ponen a disposición de las actividades humanas para producir una cantidad siempre creciente de mercancías (en el sentido más

vasto de la palabra) aptas para satisfacer las necesidades de las sociedades humanas, ahora más numerosas y que evolucionan hacia formas superiores de vida. Un análisis que intente comprender el proceso de formación y de modificación de las diferentes organizaciones humanas y el juego de las relaciones que afectan a toda la sociedad, deberá basarse en la noción del desarrollo de la técnica productiva y de las relaciones económicas que surgen de las diferentes posiciones que ocupan los individuos respecto al mecanismo productivo. La formación y la evolución de las dinastías, de las castas, los ejércitos, los Estados, imperios, corporaciones o partidos pueden y deben seguirse con un análisis basado en estos elementos. En la cúspide de este complejo desarrollo podemos pensar que habrá una forma de unidad organizativa que coincidirá con los propios límites de la humanidad y que realizará una división racional del trabajo entre todos los hombres. Es discutible el sentido y el límite que tendrá el sistema de jerarquías y de administración colectiva en una forma superior de vida humana.

Como lo que nos interesa es examinar los organismos unitarios cuyas relaciones interiores se rigen por lo que comúnmente se llama el “principio democrático”, vamos a distinguir para simplificar entre las colectividades organizadas que reciben su jerarquía del exterior y las que establecen ellas mismas su propia jerarquía. Según el concepto religioso y la teoría de la perfecta autoridad, la sociedad humana ha sido siempre una unidad colectiva que recibe su jerarquía de poderes sobrenaturales; no insistiremos en la crítica de semejante simpleza metafísica que contradice toda nuestra experiencia. La jerarquía surge de las necesidades naturales de la división del trabajo, y así ocurre, evidentemente, en el interior de la familia. Transformándose en tribu y en horda, se organiza para luchar contra otras organizaciones y así van surgiendo las jerarquías militares, basadas en la entrega del mando al más capacitado para canalizar las energías comunes. Este criterio de elección basado en el interés común es milenios más antiguo que el moderno electoralismo, pues los reyes, los capitanes y los eclesiásticos eran originalmente cargos electivos. Con el paso del tiempo se van imponiendo otros criterios de selección de las jerarquías, que dan lugar a los privilegios de casta que se transmiten a través de la herencia familiar o ceremonias de iniciación en escuelas, sectas o cultos minoritarios. En estos casos poseer cierto cargo, ya se deba a aptitudes o funciones especiales, es generalmente lo que garantiza poder influir en su transmisión.

Como ya hemos comentado, no tenemos intención de seguir todo el desarrollo de la formación de las castas y de las clases sociales, para lo cual tendríamos que tener en cuenta, además de las lógicas necesidades de la división del trabajo, el monopolio del poder y la influencia que conlleva la posición privilegiada de ciertas capas de individuos respecto al mecanismo económico.

Cada casta dirigente se da a sí misma, de una u otra forma, una organización jerárquica, y esto ocurre con todas las clases económicamente privilegiadas. Para no limitarnos a dar sólo un ejemplo: la aristocracia terrateniente del Medievo, al coaligarse para defender sus privilegios comunes frente a otras clases, levantó una organización que dio lugar a la monarquía, en manos de la cual se concentraban los poderes públicos situados completamente al margen de los otros sectores de población. El Estado de la época feudal es la organización de la nobleza feudal apoyada por el clero. El principal instrumento de fuerza de la monarquía es el ejército: estamos ante un tipo de colectividad organizada donde la jerarquía viene dada del exterior, y en la que el rey nombra a los cargos del ejército en base a la obediencia pasiva de cada uno de sus miembros. Toda forma de Estado concentra en una autoridad única la capacidad de dirigir y encuadrar toda una serie de jerarquías ejecutivas: ejército, policía, magistratura y burocracia. La unidad estatal, pues, se vale materialmente de la actividad de todas las clases, pero está organizada sobre la base de una o varias clases privilegiadas que tienen el poder de formar las distintas jerarquías. Las otras clases, y en general toda agrupación de individuos, que saben perfectamente que los intereses y las exigencias de todos

no están en absoluto garantizados por la organización estatal existente –aunque ésta así lo pretenda–, tratan de dotarse de organizaciones particulares para hacer prevalecer sus intereses, partiendo de la constatación elemental de que los componentes de estas organizaciones se sitúan en idéntica posición dentro de la vida económica.

Al ocuparnos de estas organizaciones que se dan a sí mismas su jerarquía, podemos plantearnos “cómo” hay que elegir a estas jerarquías para defender lo mejor posible los intereses colectivos de todos los componentes de la organización, sin que se formen a su vez estratificaciones y privilegios en su seno. Así aparece el método basado en el principio democrático: consultar a todos los individuos y usar la opinión de la mayoría para designar a quienes deben ocupar los distintos escalones de la jerarquía.

La crítica a semejante propuesta debe ser distinta, dependiendo si se tiene intención de aplicarla a sociedades como las actuales, a las naciones, o si de lo que se trata es de introducirlo en el seno de organismos más restringidos, como los sindicatos proletarios o los partidos.

En el primer caso hay que rechazarla completamente, pues al no tener en cuenta la situación de los individuos respecto a la economía y al considerar este sistema electivo como algo intrínsecamente perfecto, independientemente del desarrollo evolutivo que atraviesa la colectividad en la que se pretende aplicar, no tiene ninguna base real de apoyo.

La división en clases, claramente reconocible por los privilegios económicos, hace que la opinión de la mayoría pierda todo valor. Nuestra crítica combate el engaño que lleva a pensar que el mecanismo del Estado democrático y parlamentario, producto de las constituciones liberales modernas, es una organización de todos los ciudadanos y en interés de todos. Existen intereses opuestos y conflictos de clase, por lo que no es posible esperar una organización unitaria. El Estado sigue siendo el órgano de la clase económica que está por encima, el instrumento para la defensa de sus intereses, a pesar de dar la apariencia exterior de soberanía popular. Aunque aplique el sistema democrático, consideramos a la sociedad burguesa como un complejo conjunto de organismos unitarios, muchos de los cuales se concentran alrededor del poderoso organismo centralizado que es el Estado político: estos organismos son fruto del reagrupamiento de las capas privilegiadas y tienden a la conservación del aparato social actual. Otros pueden ser indiferentes, o cambiar de actitud respecto al Estado. Y otros, surgidos del seno de las capas económicamente deprimidas y explotadas, se dirigen contra el Estado de clase.

El comunismo demuestra, por tanto, que mientras subsista la división de la sociedad en clases en función de la economía, la aplicación formal jurídica y política del principio democrático y de la mayoría ciudadana no otorga al Estado el carácter de una unidad organizativa de toda la sociedad o de toda la nación. La democracia política aparece oficialmente con esta pretensión, pero en realidad es la forma que más le conviene al poder específico de la clase capitalista, a su verdadera dictadura y al objetivo de conservar sus privilegios.

No hay que insistir mucho, por tanto, para demoler con la crítica este error que consiste en atribuir igual grado de independencia y de madurez al “voto” de cada elector, ya sea un obrero agotado por el exceso de trabajo físico o un ricachón harto de goces, un director de industria o un desgraciado proletario que ignora las razones y los remedios a sus desdichas; en creer que basta con solicitar la opinión de unos y otros de vez en cuando, cumpliendo cada cierto tiempo con esta función soberana, para asegurar la calma y la obediencia de aquellos que se sienten lesionados y maltratados por la política y la administración del Estado.

(Continuará en el próximo número).

(*Rassegna Comunista*, nº 18, febrero de 1922).

La crítica teórica de la democracia y del liberalismo burgués culminará con la expulsión por los obreros armados de este montón de canallas que forma la Asamblea Constituyente, elegida democráticamente.

BORDIGA (“Lenin, en el camino de la revolución”).

MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL

Hacia la construcción de una verdadera fracción de izquierda en Francia

La pasada primavera nuestra fracción se adhirió a la iniciativa de la XVª Sección² para determinar una posible unificación de las fuerzas de oposición en Francia. Inmediatamente insistimos para que la discusión política que hay que establecer entre todos los grupos de oposición comunistas, sin exclusiones prejudiciales, quedara por encima de las interminables luchas personales que se han vivido en Francia, para poder así establecer unos principios básicos que representen el aporte del proletariado francés al trabajo de reconstrucción teórica de la organización del proletariado internacional.

*Nuestras propuestas no se aceptaron, pero a pesar de todo se produjo la unificación entre la Izquierda Comunista y la XVª Sección. Sin embargo esto no representa un paso hacia la formación de la fracción de izquierda del P.C.F., aunque el grupo que ha salido de la unificación haya adoptado la etiqueta de “Fracción Comunista de Izquierda”. Esto lo demuestra la anemia política y teórica de esta fracción, que no es capaz de asegurar la publicación regular de su órgano *Le Communiste* ni de su Boletín Interno.*

*Es evidente que el hecho de que aparezcan archi-regularmente órganos tan decepcionantes y vacíos de contenido político como *La Vérité*³, refleja la debilidad e inconsciencia de los organismos que lo lanzan.*

² Se trata en realidad de la antigua XVª Sección del P.C.F., un grupo de oposición de la izquierda comunista de la barriada oeste de París, que en enero de 1933 lanzó una propuesta a todos los grupos de la oposición de Francia con el objetivo de organizar una conferencia de unificación. Las conversaciones, que duran varios meses, llevan en abril a la unión que se comenta más abajo, dando lugar a la “Fracción Comunista de Izquierda”. En el contexto de estas discusiones, en las que participa la Fracción de Izquierda del P.C.I., se enmarca su propuesta de para formar una Oficina Internacional de Información (ver *Bilan*, nº1).

³ Primer periódico trotskista, publicado en Francia desde agosto de 1929 y que se convertirá en el órgano de la Liga Comunista a partir de abril de 1930. El nombre hacía referencia al *Pravda* (“verdad” en ruso).

Hace poco, hemos podido ver cómo la orientación de la Oposición Internacional de Izquierda hacia la fundación de nuevos partidos, lejos de acompañarse del reagrupamiento de las fuerzas comunistas, ha producido una nueva crisis en el seno de la Liga Comunista Francesa. Numerosos militantes han sido expulsados sin que la prensa de la Oposición haya informado de nada al proletariado. Una vez más, la crisis de la Liga y las escisiones se manifiestan no en torno a de cuestiones políticas, sino personales. Es evidente que estos problemas, así como el pestilente régimen interno y aventurero de la Liga, son de origen político. Pero mientras sigan siendo “las personas y no las posiciones políticas” lo que se ventile en los debates, las crisis y las escisiones, esta “selección” (sic) no puede tener como resultado sino una continua criba de personas y actitudes contingentes adaptables a un calendario político sin más lógica ni coherencia que las que presiden los cambios meteorológicos que traen los chubascos en marzo.

Tras esta última escisión en la Liga, un grupo bastante numeroso de militantes se ha orientado hacia la “Fracción de Izquierda Comunista”, tratando de unirse a ella⁴. Pero basta con ver cómo se ha producido la escisión para saber qué significado tendría la eventual unificación. Desde su nacimiento, la historia de la Oposición de Izquierda se puede resumir en este dilema: “a favor o en contra de Molinier⁵”, y a partir de aquí empieza la “selección”. Esto debería bastar para llegar a la conclusión de que ha llegado el momento de buscar otro camino.

Reproducimos abajo una resolución de nuestra Federación de París publicada en el primer número del Boletín Interno de la “Fracción Comunista de Izquierda”. Las ideas esenciales contenidas en esta resolución aún pueden ser útiles para la construcción de la Fracción de Izquierda del P.C.F. y ayudar a transformar la última crisis de la Liga Comunista en un paso serio en esa dirección.

Pensamos que nuestro primer deber es destruir la leyenda que se ha levantado en torno a nuestra fracción, según la cual nos oponemos a cualquier trabajo común con otros organismos que no acepten las posiciones políticas que defendemos.

Si hay quien piensa así, se equivoca de cabo a rabo. Lo que queremos en realidad es que los grupos políticos de izquierda **se doten de unos principios** o que, al menos, declaren que hay que elaborar unos documentos fundamentales.

Creemos que semejante trabajo es la única forma posible de confrontar puntos de vista divergentes y de poder contraer relaciones definitivas.

En Francia, por tanto, la unificación hay que hacerla al margen de la Liga Comunista. Y para demostrarlo no podemos limitarnos a relatar las maniobras efectuadas por la organización, pues, ¿acaso las escisiones que se han producido en el seno de la Liga, y que hoy concluyen con la unificación de las fuerzas disidentes de la Liga, están relacionadas directamente con esas maniobras políticas? **Esa explicación, para nosotros, estaría en contradicción con las enseñanzas más elementales del marxismo.** Por el contrario, la experiencia demuestra que todas las maniobras de la Liga son resultado de su incapacidad para solucionar los problemas de la lucha de clase del proletariado francés siguiendo los principios comunistas. Falta por ver,

⁴ La unión de esta “Fracción de Izquierda” francesa con 35 militantes expulsados de la Liga Comunista se produce en diciembre de 1933.

⁵ Raymond Molinier era uno de los jefes del trotskismo en Francia.

pues, si es posible y necesario luchar contra estas maniobras **en sí mismas**, tratándolas como entidades políticas particulares, o bien si hay que prestar atención al origen de las crisis de la Oposición.

¿Cuáles son las bases políticas de la Oposición Unificada? En el trascurso de los debates que precedieron a la unificación, se propuso que se adoptasen los 13 puntos elaborados por la Oposición Internacional de Izquierda (leninista-bolchevique) y que se aceptaran como base política de la Oposición Unificada. Parece ser que esta propuesta procedía de los camaradas que pretendían luchar contra las maniobras de la Liga, maniobrando a su vez para poner en aprietos a la dirección de ésta. Pero dejemos de lado este punto y veamos qué significado político tiene esta propuesta de adopción de los 13 puntos. La diarrea de escisiones en el seno de la Liga, los propios debates para la unificación, desembocaron en la **existencia de dos organizaciones que reivindicaban el mismo documento base**. Así, el último documento que presentó la Izquierda Comunista ya no daba lugar a divergencias serias con la Oposición de Izquierda y su sección francesa.

Dejaremos que sean otros, esos que no dan muestras de responsabilidad comunista, quienes traten de convencerse a sí mismos y a los obreros de que los tres años de vida de la Liga y el hecho de que existan dos organizaciones separadas se debe a la existencia de una fuerza diabólica de la que el camarada Trotsky no consigue desprenderse, una fuerza que toma cuerpo en el camarada Molinier, que ciertamente no tiene la envergadura de un Mefistófeles y se dedica a manipular juguetes creyendo que son armas de fuego.

Para nosotros, está claro que las dificultades actuales sólo podrán superarse a condición de que **la Oposición se consagre a la ardua y difícil tarea de retomar las tradiciones revolucionarias de Francia, enlazando con la heroica herencia de los comuneros de 1871**. En particular, hay que tener en cuenta que la escisión con los oportunistas en Tours, así como la formación de la sección francesa de la I.C., no solucionó definitivamente el problema de la construcción de un verdadero partido comunista.

La traición de 1914 no provocó en Francia la creación de un partido marxista, como fue el caso en Alemania o Italia. El proceso de formación del partido comunista no siguió el curso normal: una fracción desarrollándose en un nuevo partido, como en Rusia o Italia. El comité para la Tercera Internacional de Souvarine-Loriot-Rosmer se sumergió en la mayoría amorfa del viejo partido socialista, y aunque permanecía en la dirección del nuevo partido comunista recién constituido, era incapaz de formar a los verdaderos cuadros para la victoria del proletariado sin la ayuda de la I.C., que no llegó. En 1923, la lucha contra el trotskismo y sus resultados en Francia, la expulsión de los fundadores del Partido, arrebataron toda posibilidad de convertir al partido en la vanguardia de la clase obrera sin antes haber pasado por la fase de fracción de izquierda. La reacción marxista al centrismo de la I.C., por parte de la oposición francesa, debería haber consistido en analizar y traducir en documentos políticos todas las grandes experiencias de la clase durante la posguerra. Sólo así se hubiera podido formar el organismo histórico llamado a solucionar los problemas de la crisis comunista y a conducir las futuras luchas del proletariado francés.

En Francia, la oposición comienza con círculos de literatura política; los sindicalistas revolucionarios que se acercaron al comunismo tras la fundación del partido y se adhirieron a él, se habían separado y evolucionaban hacia otras formas de sindicalismo.

El exilio del camarada Trotsky representaba una ocasión favorable para el reagrupamiento de las fuerzas de oposición. En Francia, el principal error de este periodo fue dejar completamente de lado el trabajo de análisis político indicado arriba, proclamando de forma estéril que eso era algo inútil y considerando que bastaba con adherirse a los cuatro primeros congresos de la I.C.

De esta forma, para hacer frente a la marcha de los acontecimientos, la Liga Comunista, que era producto de un conglomerado de grupos opositores de izquierda, no contaba más que con los cuatro primeros Congresos de la I.C., en los que es imposible hallar una solución a los problemas específicos del proletariado francés. Por lo demás, los cuatro primeros Congresos no dieron una **solución definitiva** al problema de la batalla por el triunfo del comunismo. Es más, una de sus resoluciones tácticas vino seguida por la derrota alemana de 1923. Tal programa político debía engendrar continuas crisis en la Liga y conducir a las más contradictorias expresiones políticas.

Durante la conferencia de unificación, que podía haber sido un paso decisivo para la construcción del organismo comunista indispensable, se enfrentaron dos métodos. Prevalció el que dejaba deliberadamente al margen todas las experiencias del proletariado francés, se elaboró un manifiesto y se redactó rápidamente una resolución que no hacía más que repetir conocidas ideas políticas sobre el movimiento comunista internacional, **sin decir nada de las luchas del proletariado francés, pasadas y futuras**. El otro método, el que propugnaba nuestra fracción y que no se aceptó, consistía en no excluir a ningún grupo de la oposición, considerando a todos como corrientes que reflejaban las opiniones del proletariado francés y como reacciones proletarias al centrismo. Proponíamos llamar a todos estos grupos a una confrontación política con el objeto de establecer una plataforma basada en el Segundo Congreso de la I.C.

Ciertamente, nuestro método de trabajo llevaba más tiempo y esfuerzo, pero los resultados habrían sido positivos y el proletariado francés tendría su organización de clase. Constatamos con gran pesar que la unificación se ha hecho empleando el mismo sistema que en 1930, el cual llevó a los lamentables resultados que todos conocemos.

Aún estamos a tiempo de no exponernos a los mismos errores que la Liga Comunista. Hacemos un vivo llamamiento a la Oposición Unificada para que utilice las lecciones que nos ofrece el pasado, para que aborde con arrojo y decisión estos difíciles problemas y eche intrépidamente las bases de la fracción de izquierda del P.C.F., la organización revolucionaria de la clase obrera.

Mayo de 1933.

FEDERACIÓN DE LA FRACCIÓN DE IZQUIERDA DEL P.C.I.

NADA DE “BORDIGUISMO”

Respuesta al Círculo Democrático de París

Durante el pasado mes de abril nuestra fracción organizó una discusión entre varias partes, que no entrañaba ninguna relación política. Con este fin se invitó al “Círculo Comunista Democrático”. Este nos envió una resolución que fue publicada en el *Travailleur de l’Est* y en el *Bulletin Communiste* de julio de 1933. La resolución del Círculo pretendía zanjar -¡y con qué desenvoltura!- numerosas cuestiones controvertidas: el “bordiguismo”, los cuatro primeros Congresos de la I.C., el frente único “correcto” y muchas otras cuestiones. Todo eso a raíz de una invitación a una discusión que no tenía como objetivo establecer

relaciones políticas, que sólo pueden ser el resultado de una confrontación minuciosa de las posiciones y tácticas generales. Por otra parte, en el estado actual en que se encuentra el Círculo, es inconcebible que nuestra fracción dirija o acepte tal invitación.

Nuestro breve enfoque no pretende dar una respuesta política a las cuestiones tratadas en la resolución del Círculo, en la que una vez más se procede según el método tradicional: afirmaciones tan categóricas como superficiales. Nos limitaremos a examinar el apelativo que nos vuelven a dar, esta vez el Círculo, así como las conclusiones de su resolución.

El Círculo escribe: “En respuesta a la invitación que nos ha llegado por parte del grupo comunista italiano llamado ‘bordigista’... ”. Para el Círculo, somos nosotros mismos los que nos llamamos “bordiguistas”, epíteto con el que nos califica este trabajillo polémicamente inconsistente. El Círculo da muestras, y no por casualidad, de un espíritu tan superficial que le permite sustituir el conocimiento de los problemas reales por la estampa que mejor se adapte a las necesidades de una polémica que rebosa pretensión y prosopopeya. En varias ocasiones, tanto en el partido italiano, en presencia del camarada Bordiga, como en la Internacional y en la Oposición de Izquierda, hemos afirmado que el “bordiguismo” no existe, al igual que el resto de “ismos” que tan buenos **resultados** han dado desde que se fundó la Bolsa de la confusión y el engaño político en el seno del movimiento comunista. El término “bordiguista” apareció en la cubierta de la edición francesa de nuestra plataforma. Y a este respecto, explicamos varias veces que era un error, aunque la intención de los camaradas fuera sólo especificar la tradición de la corriente política que editaba la plataforma, entre los numerosos grupos de oposición del partido francés. Pero para la polémica fácil esta corriente política es lo de menos y, para bien o para mal, se nos acusa de ser “bordiguistas” que tratan de hacerse un hueco gracias al prestigio del camarada Bordiga.

Somos conscientes del enorme papel que el camarada Bordiga, que permanece en la trinchera más peligrosa de la lucha, podría tener en nuestro trabajo y de las dificultades que atravesamos debido a las condiciones que el enemigo le ha impuesto. Pero no podemos más que repetir de nuevo lo que dijimos en el Tercer Congreso del partido italiano en presencia del propio Bordiga, quien aprobó completamente nuestra afirmación. El bordiguismo, que equivale a reducir nuestra corriente política a la persona del camarada Bordiga, es la deformación más ridícula de las opiniones del propio Bordiga, que, siguiendo los pasos de Marx, ha destruido toda concepción individualista, demostrando teóricamente que la colectividad y sus organismos sociales son los únicos que dan significado al individuo mismo.

Esto no significa que nuestra producción política pueda comprometer la responsabilidad del camarada Bordiga. Ya nos explicamos a este respecto en la presentación de nuestro boletín teórico.

No compartimos en absoluto las conclusiones a las que llega el Círculo Democrático, a saber: “la previa evidencia de una incompatibilidad de opiniones impediría al Círculo prestarse a controversias cuya previsible esterilidad sólo llevaría a nuevas decepciones”. Al igual que otros muchos grupos que no poseen unos documentos políticos fundamentales capaces de dar respuesta a los problemas de la crisis comunista, el Círculo no puede valerse de unos “principios básicos ya adquiridos”. La reciente escisión amistosa de antiguos colaboradores del Círculo, que se han unido al enemigo de clase, demuestra la fragilidad de los textos sobre los que se funda este Círculo. Evidentemente, eso para nosotros no hace imposible la discusión: no olvidamos que entre ellos se encuentran los fundadores del partido comunista francés y de la Internacional, que han sido los primeros en luchar contra el centrismo. Hemos querido traer aquí estas consideraciones con el único objeto de mostrar la realidad que se esconde tras las frases pomposas.

Nuestra fracción, que sí posee unos documentos fundamentales sobre la crisis del movimiento comunista, propone que las posiciones políticas que defiende sean discutidas y verificadas internacionalmente.

Es muy posible que actualmente muchas discusiones sean estériles en resultados positivos, pero proclamar inmediatamente esta esterilidad no lleva más que a una calma política que sí es absolutamente estéril.

Por estas razones, nuestro deber es responder al Círculo Democrático que la discusión es una necesidad para la causa proletaria, a pesar de que las concepciones que defiende el Círculo son irremediamente opuestas a las de nuestra fracción.

EL C.E. DE LA FRACCIÓN DE IZQUIERDA DEL P.C.I.

En septiembre de 1870, la insurrección era una locura para Marx. Pero una vez las masas se sublevaron, Marx las acompañó, fue con ellas a la escuela de la experiencia, a la lucha, en lugar de darles lecciones burocráticas. Sabía que pretender evaluar con total precisión las posibilidades de victoria, mientras se está avanzando, es algo propio de charlatanes y pedantes irremediables. Daba LA MAYOR IMPORTANCIA al hecho de que la clase obrera transformara heroicamente la historia del mundo, con abnegación e iniciativa; consideraba la historia del mundo desde el punto de vista de aquellos que la hacen sin que les sea posible evaluar previa e INFALIBLEMENTE las posibilidades de victoria, y no desde el punto de vista del intelectual pequeño-burgués que sermonea: "Habría que haber previsto esto... no hay que empezar aún..."

LENIN (Prefacio a las cartas de Karl Marx a Kugelmann)

APPEL

Pour permettre une plus grande publication, nous avons élargi le texte. Cela augmente considérablement le coût du Bulletin. Nous insistons vivement auprès de tous nos lecteurs afin qu'ils participent à la souscription dont nous commençons la publication dans ce numéro.